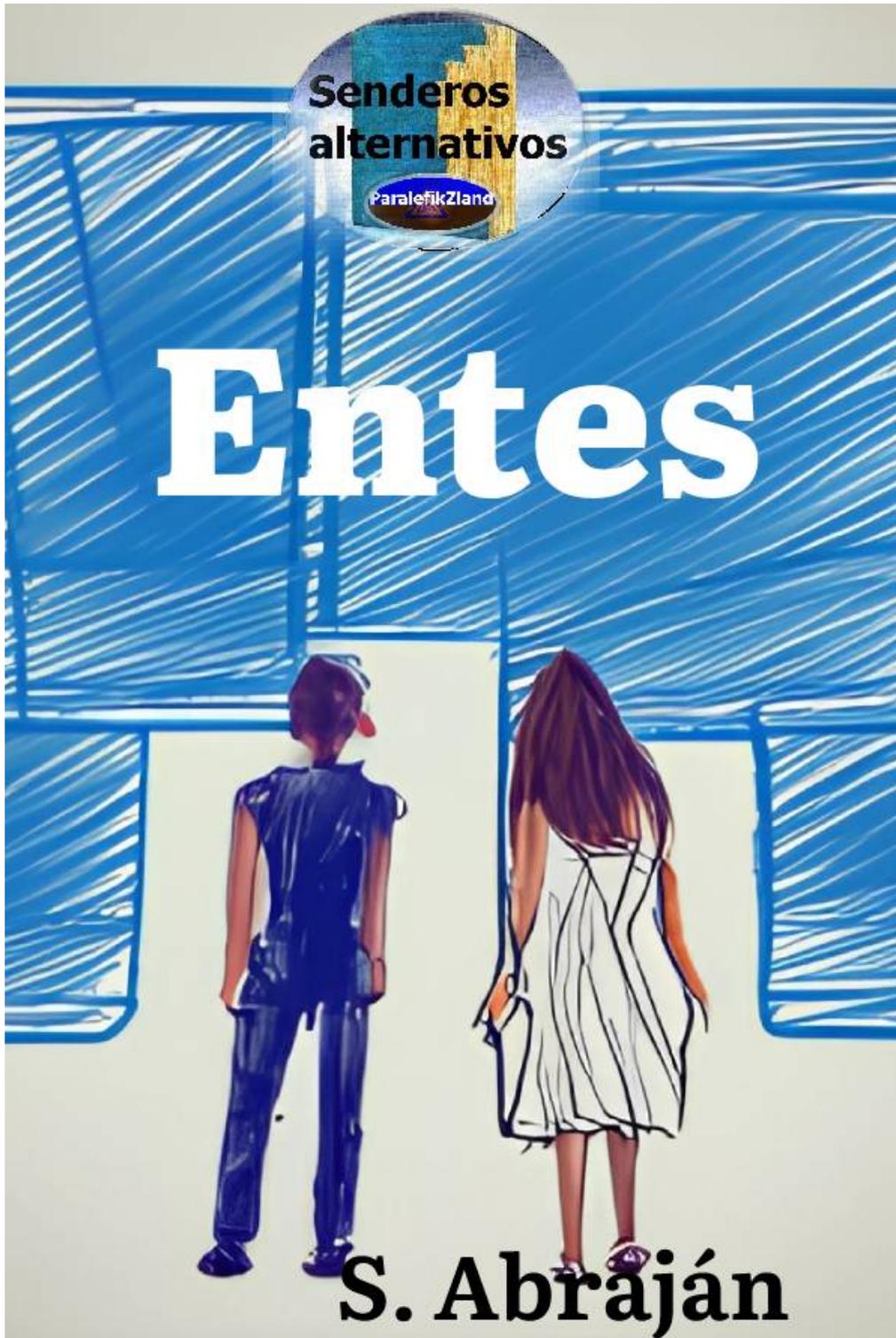


Entes

S. Abraján



Capítulo 1

Entes (1)

Ante Yelái y Áigen aparecieron un día tres cuentos anónimos.

El primero:

El hombre salió finalmente de la caverna y contempló en el exterior colores y formas que lo dejaron suspirando, igual a un afortunado que, creyendo su inevitable ahogamiento en el mar, es salvado por una mano amiga y sacado a la superficie. Corrió a lo largo y ancho de todo cuanto sus ojos veían, que era nuevo y de colores que nunca habría podido adivinar solamente viendo las sombras reflejadas en la pared de su caverna. La gente ignoraba sus andanzas erráticas, como las de un niño, pues el cansancio de la costumbre les hacía pensar: "Otro más que sale de la caverna", y sólo esperaban que el nuevo hombre libre se diera cuenta, tarde o temprano, de que aquel mundo real no se trataba más que de otra caverna dentro de otra caverna. Tuvieron que pasar decenas de años antes de que el hombre libre, después de haber recorrido toda la esfera y haber aprendido todo cuanto había por saber, finalmente advirtió que aquel nuevo mundo se había vuelto tan pequeño en su mente, como el niño al crecer siente que le queda más apretada la ropa, que su alma volvió a sentirse encerrada en una caverna, y al alzar la cabeza le pareció que el brillo de las estrellas y la magnitud de los planetas se habían vuelto nuevas sombras, que con sus dilataciones se mofaban de él y de los límites de su libertad, como lo habían hecho las sombras en la pared de su caverna. Eventualmente consiguió desprenderse de la naturaleza limitante que le obligaba a mantener los pies en la tierra, y de ese modo salió de esa nueva caverna y exploró, con mayor devoción y parafernalia, los confines de ese vasto espacio durante millones de años. Durante ese tiempo, fue huésped en planetas cuyas formas de vida ampliaban su percepción de la realidad, proveyéndola de tantos bastos senderos que recorrer que por un tiempo su espíritu permaneció calmado. Pero cuando ya no tuvo más que saber ni experimentar, la caverna volvió a caer sobre él, y el universo le quedó tan chico que podía viajar de un confín al otro como el fotón que da un pequeño paseo a través de un átomo. Entonces volteó los ojos hacia las ficciones; aquello que no es se volvió la nueva sombra, y en su desesperación al sentirse encerrado vio a las ficciones como una rana hipnotizada por la cola embustera de una serpiente. Para volver a salir de la cueva tenía que volver a perder sus naturalezas limitantes, para ampliar la grandeza de su alma debía enfrentarse directamente con aquello que no es. Entonces se volvió un viajero y recorrió todas las variables de la historia que pudieron haber sido diferentes. No cabría en este relato el número exacto de años que pasó

viajando entre los confines infinitos del multiverso. Mas volviose a sentir encerrado y volteó hacia aquellas ficciones que se habían producido por las bifurcaciones de aquel evento que dio a luz a su universo. Así se liberó de más naturaleza y penetró en el ultraverso, cuyos infinitos multiversos pronto lo volvieron a constreñir hasta sentirse prisionero. Luego entró al hiperverso, o los mundos creados a partir de otros infinitos orígenes, y nadó libremente entre todos sus ultraversos. Para este momento ya sabía que su historia se repetiría tarde o temprano, después de unas cuantas eternidades. Era el momento de entrar a aquella existencia que contenía a las existencias que se bifurcaban de manera diferente a la suya; entre cualquier número entre uno e infinito. Llegó así a los megaversos y recorrió sus diferentes hiperversos, o mundos posibles, como alguna vez fueron llamados. Cuando al fin se hartó del megaverso, intentó salir de esa caverna hacia un nuevo exterior llamado omniverso, que contiene todos los tipos posibles de megaversos. Nuevamente lo conoció todo, y volteó la mirada hacia el Zland, o el punto que lo contiene "todo", el reino de las magnitudes, cuya naturaleza exacta es oscura y donde finalmente se rompe el ciclo que hasta ahora se ha cumplido, para cambiar a una lógica que trivializa todos los esfuerzos y vuelve toda sabiduría en tontería. Mas el acceso a este nivel de la realidad no le fue permitido; su naturaleza aún no estaba lo suficientemente libre. Cansado, regresó a su mundo original, aquel de donde había salido de una caverna pensando que fuera de ella descubriría la verdad, que siempre se escapaba, que inútilmente había tenido que perseguir brincando de caverna en caverna a través de toda la realidad conocida. Al verlo, sus compañeros de mundo abandonaron su apatía y hablaron con el hombre libre con gran amor fraternal, diciéndole: "ahora que has vivido que no existe el afuera de la caverna, como nosotros lo hicimos también, te toca a ti decidir en qué caverna existirá tu consciencia. Pero entre más cavernas elijas para existir, más trivial serás".

El segundo:

Ella vivía en una pequeña burbuja; ahí no había nada que ella no supiera, nada que no pudiera, ni nada que no hiciera. Luego se cansó; hastiose e irritose de la limitación de su burbuja y decidió salir. Exploró y aprendió, entró en contacto con otros seres igualmente aislados en sus burbujas, y creció y se perfeccionó. Pero no había salido de su burbuja, sino que ésta se iba expandiendo, inflándose como un globo con agua, y eso la molestó y trató con todas sus fuerzas de romper su burbuja adquiriendo experiencias, habilidades, conocimientos, con la esperanza de que su crecimiento punzara la burbuja como una lanza y la reventase. Pero la burbuja no explotaba. Buscó romper la burbuja en el engrandecimiento de su alma, en el crecer de su empatía y humanidad, pero la burbuja se resistía. Siguió expandiendo su burbuja hasta que ésta alcanzó los confines de la realidad misma; se dijo que para salir de la burbuja era preciso escapar de la realidad. Pero cuando pudo por fin hacer esto último, la burbuja la acompañó. La burbuja la persiguió como un cazador

mientras ella viajaba y se expandía entre todos los confines imaginables e inimaginables de la existencia, pero al llegar al Zland, ya no pudo expandir su burbuja para que le permitiera continuar; quedó definitivamente atrapada en aquella enorme burbuja que abarca todo lo que le era permitido explorar. Cansada, regresó a su primer hogar y recostose a descansar. Sentíase tan chiquita en su habitación, aunque los confines de su burbuja estaban a una distancia casi infinita. ¿Qué había cambiado? Ahora sabía mucho, había experimentado tanto, tenía conocimientos tan vastos, ¿y todo ello para qué?, se dijo, para que al final me sienta igual que al principio, al fin y al cabo no hay un afuera de la burbuja, aun si salgo del Zland la burbuja sólo se hará más grande. Recordó cuando de niña le decían "ahora estás pequeña y habitas en una burbuja, cuando entres a los estudios superiores de enfrentarás a la realidad", y cuando llegó aquel momento, le dijeron "ahora estás pequeña y habitas en una burbuja, cuando entres al mundo del trabajo te enfrentarás a la realidad", pero cuando entró al mundo del trabajo no hubo nadie para decirle "ahora estás pequeña y habitas en una burbuja, pero cuando entres al siguiente nivel de la vida te enfrentarás a la realidad". Pero nunca sería posible enfrentarse a la verdadera realidad porque nunca se puede salir de la burbuja. ¿O sí se podría enfrentar a la realidad desde adentro de la burbuja?, esta idea le hizo ponerse de pie y mirar por la ventana, si la realidad es como un enemigo que combatir, ¿es posible combatirla desde dentro?, si hay partes de la realidad que son nuestras aliadas, ¿no podríamos usarlas para combatir lo que no sea aliado? Pensó que había encontrado la respuesta, no en su deseo de romper la burbuja, sino en la consciencia de que no podría hacerlo hasta no rebelarse contra la realidad. Sí, ella decidió vivir la realidad normalmente, pero siempre conspirando contra ella tras cada pestañeo. ¿Cuándo daría el golpe? Necesitaba primero deshacerse de todo aquello que había adquirido de la realidad hasta volverse nada. Así sería; ella se volvería como la nada misma; un estado en el que la realidad no tendría poder, pensó, y una vez llegada ahí podría finalmente salir de la burbuja. ¿Pero a qué costo?, a costo de la inutilidad.

El tercero:

Viví una vez en una zona a la que llamaron Confort. Todos me decían que era un mal lugar para vivir, que la grandeza estaba afuera, que mi ser iba a ponerse escuálido y torpe si no huía de ahí inmediatamente. Integré esos consejos en mi corazón y de inmediato dejé de sentirme en confort en la zona de Confort. Agarré un asco tan grande a todo lo relacionado al confort que por miles de años me impregné de todo lo que pudiera proporcionarme disconfort; no hubo opinión que no escuchara, no hubo argumento que no atendiera, no hubo variante alguna en el pensamiento humano que no conociera, y me centré tanto en esta tarea que no notaba que, minuto a minuto, este nuevo estado comenzaba a constituir una nueva zona de confort. Me di cuenta un día que llegué a un universo en el que nadie discutía, no había intercambio de ideas, no había argumentos y

no había más que una colectividad que compartía siempre un mismo estado de ser. Enseguida sentí temblor en mis huesos y en mi mente. Entonces supe que había salido sin notarlo de una zona de confort en la cual no sabía que me encontraba. Lo peor era que aquella nueva zona de disconfort era igual a mi primera zona de confort, y la idea de que todo se había vuelto al revés me enloqueció. Tardé mucho tiempo en cavilar lo que debía hacer; me debatía entre explorar esa torcida zona de disconfort y volver a lo que era antes, o ignorarla y seguir en mi zona de confort. Opté por una tercera opción, a la cual llegué después de concluir que había sido absurdo pretender huir del confort como si fuera un sofisma: iba a buscar mi zona de confort a través de la exploración de la zona de disconfort, o más bien iba a intentar crear mi propia zona de confort usando como material todo aquello que pueda sacar de toda la zona de disconfort. Intentar, claro, pero nunca realizarla, nunca concretarla. Con esa nueva mentalidad continué mi travesía. Ahora integraba todo aquello que me sirviera, todo aquel pensamiento que considerara respetable lo hacía uno conmigo y desechaba el resto, toda opinión era recibida, pero no por eso rebatida con menos pasión, todo eso con tal de estar seguro de que me iba construyendo con lo que más pudiera ser aprovechable. Desapareció de mi mente el concepto de respeto, de tolerancia y de seguridad. Aprendí en mi viaje que no era posible que todo pueda ser respetado, tolerado o seguro. Y por eso me hice de enemigos, muchos de los cuales eran los mismos que originalmente me dijeron que abandonara la zona de confort, y se enojaron y me dijeron: "¿qué te hemos hecho para que seas tan insensible ante nuestros seres, por qué tratas nuestros argumentos sin ningún tipo de misericordia, por qué te empeñas en tocar nuestras llagas con tu dedo impúdico? ¿No te amargan el corazón nuestras lágrimas?" "Sí, vive y deja vivir", me gritaban, "cree y deja creer", "respetar el derecho a la irracionalidad". Y yo, como bien me conocen, contesté: "Amigos, fuisteis vosotros los que me dijisteis que saliera de la zona de confort, y os hice caso, y tiempo después me di cuenta de que lo que antes había sido mi zona de confort se había vuelto una zona de disconfort, y ahora pienso que es preciso buscar una zona de confort personal usando los materiales de la zona de disconfort, pero ¿cómo saber con qué materiales construir, no es menester para eso el ser lo más estrictos posible en la evaluación y enfrentamiento de las opiniones?, os digo que el salir de la zona de confort implica necesariamente la muerte del respeto, porque en el momento en que respetamos promovemos una zona de confort", a lo que me contestaron: "miren como se contradice, pues dice que quiere crear una zona de confort para él, pero se queja de aquello que puede crear una zona de confort", y les dije: "no hay contradicción, amigos, pues claramente os he dicho que hay que buscar la zona de confort, mas no que haya que encontrarla: la zona de confort debe ser un proyecto, nunca un hecho, un proceso continuo de perfección, es por eso que este proyecto requiere no respetar, no tolerar, no tener seguridad, abrazar el conflicto en sus más inhumanas facciones, asesinar lo sagrado y pisotear sus restos, y en mi mundo, amigos, no hay sentimiento, creencia, prejuicio o convicción que

no pueda ser manoseado, pisoteado, escudriñado con las manos hasta sacar todas sus más profundas vergüenzas. Tal es la conclusión a la que he llegado desde que salí de mi zona de confort”.

Comentario de Yelái y Áigen.

Áigen: Ja, ja, ja, ¿ya viste qué parafernalia es ésta?

Yelái: No le hagas tanto caso a la presentación, tonto; valora el esfuerzo, si es que lo hubo.

Áigen: No me jodas, Yelái; la presentación lo es todo; el formato determina el valor intrínseco de las cosas.

Yelái: ¿Qué problema tienes con el formato de estos cuentos? ¿Es porque están escritos? No pongas esa cara de estúpido y respóndeme.

Áigen: Pues sí; la escritura ya ha pasado de moda, y la lectura le ha seguido.

Yelái: ¿Te parece inútil entonces?

Áigen: Insignificante como el propósito de nuestros esfuerzos.

Yelái: Entonces vamos a un universo donde sí sea significativo.

Áigen: Bueno.

Áigen: Tras muchas penurias, al fin llegamos a un universo donde estos cuentos son significativos.

Yelái: ¿Ya puedes ver la monumentalidad de las premisas y mensajes que se quieren dar a entender?

Áigen: La veo, pero solamente porque la naturaleza de este universo me obliga a verlo así.

Yelái: Al menos aquí podremos comentarlos con algo de seriedad.

Áigen: Seriedad impuesta, pero seriedad.

Yelái: Parece haber sido escrita para los seres que no tengan idea de viajes universales, pues explican parte de la clasificación de los universos paralelos.

Áigen: El objetivo no creo que fuera ese. Su mención disminuye con cada cuento hasta el punto que en el tercero el lector tiene que suponer que el personaje ha viajado a otros universos, aunque no se mencione explícitamente.

Yelái: ¿Mal planteamiento, flojera o respeto por la inteligencia del lector?

Áigen: ¿O todo eso a la vez?

Yelái: Entiendo que no es el objetivo, pero no creo que haya quedado del todo claro lo que es el Zland sólo con base en estos cuentos. Califico esa ejecución de torpe.

Áigen: A ti de por sí te da trabajo entender estas cosas, aunque seas una viajera. ¿Recuerdas el trabajo que te dio viajar a tu primer universo paralelo? ¿Y cuándo trataste de salir de nuestro megaverso?

Yelái: Serás cabrón, que tú y yo estamos en las mismas. Yo logré viajar al ultraverso antes que tú y me morí menos veces en el intento.

Áigen: Bueno, bueno, ya. ¿Qué más?

Yelái: Sé que son metáforas y no pretenden describir el cómo los viajeros viajamos, pero no puedo dejar de notar con curiosidad cómo simplemente dice que logran adquirir la habilidad de viajar por el hecho de adquirir más naturalezas o vaguedades similares.

Áigen: Sí, supongo que no habría tenido el mismo impacto si hubiera explicado que la capacidad de viajar a otros universos es una capacidad que se debe adquirir en sí misma.

Yelái: Hay muchos de nosotros que pueden viajar entre los megaversos y ni siquiera saben volar ni dormir.

Áigen: Pero de nuevo, cuento simbólico es cuento simbólico.

Yelái: El peor de todos me sigue pareciendo el tercero; es el que más se olvida de una de las premisas más importantes de los cuentos anteriores: la implicación que conlleva la adquisición de existencias y lo necesario de suprimir las naturalezas.

Áigen: No critiques un cuento por no centrarse en lo mismo que los demás. Para mí simplemente es otra cosa, ligeramente relacionada, pero

sin el mismo propósito que los otros.

Yelái: Hace falta contexto. ¿Quién podría ser el autor?

Áigen: Es cualquiera, incluso un alter ego mío o tuyo. Pero para cualquier viajero será evidente que las ideas expuestas son en esencia las del maestro Gyéo Fúntuo: la rebelión contra la sabiduría regular valiéndose de anti-enseñanzas, el cuestionamiento de lo dañino de algunos conceptos bajo la luz de la realidad de los universos paralelos, un berrinche abogando por la inmadurez que es inevitable adquirir cuando eres viajero, dando como resultado la inutilidad, concepto que los tres cuentos tienen en común.

Yelái: Cierto; no queda duda que las anti-moralejas de estos cuentos son el resultado de la experiencia de un viajero que ha sido expuesto al infinito y lo ha integrado en su alma y corazón. La crítica a la madurez tradicional que se jacta de su capacidad para analizar y considerar puntos de vista diferentes desde muchos ángulos, relacionándolo todo a sus experiencias pasadas y planes a futuro, su empatía, su sensibilidad por los consejos y experiencias ajenas, su sentimiento de responsabilidad, su capacidad de valorar y respetar a los demás, está insinuada en estos cuentos. Desde el punto de vista del infinito (nuestra realidad) esa madurez se viene abajo, pues solamente puede funcionar si la cantidad de experiencias que puedes vivir, si la cantidad de seres con los que puedas convivir, y si la cantidad de circunstancias que puedan ocurrir, están todas limitadas a un solo mundo y tú estás limitado a una sola mente. Aquí se propone quedarse en la burbuja, en la zona de confort y en la cueva, y se aboga por que pierdan su connotación negativa habitual en los universos que no han dominado los viajes universales.

Áigen: No me parece que sea su intención tampoco el abogar por la inmadurez, al menos no de manera profunda, pues se deja muchos detalles fuera, tales como la futilidad de seguir consejos, de preocuparse por los otros, lo inútil de la responsabilidad. No creo que estos cuentos funcionen si fueron escritos pensando en seres de mundos donde aún no logran viajar, es más bien para los aprendices que van a empezar estos viajes: son la exposición de una experiencia que puede o no serle útil al novato.

Yelái: ¿Has estado alguna vez en un mundo de esos, en los que no saben todavía de los viajes universales?

Áigen: Fui una vez cuando comencé a ser viajero. Pude experimentar en persona aquello a lo que llamaban madurez, responsabilidad, crecimiento, enaltecimiento del alma por medio de las obras buenas, la fe, el respeto, el trabajo duro, la preocupación hacia los demás y muchas otras "virtudes de seres mediocres". Intenté hablarles diciéndoles que, de donde yo venía, y desde las circunstancias de mi realidad, los buenos resultados

podían ser hechos a partir de los vicios y no de las virtudes. No hay diferencia entre el diligente y el perezoso, entre el tramposo y el honesto, entre el que aprende de sus errores y el que no; al final sería un hecho que ambos conseguirían lo mismo, y puse el ejemplo del inmaduro que en un universo tenía éxito por puro azar, que no era diferente del maduro que tenía éxito por su propio esfuerzo en otro universo. Por supuesto, estos hechos fueron recibidos con risas o simplemente ignorados, pues es difícil que aquel que no viaja se tome en serio lo que suceda en otros mundos que, por el momento, no tienen nada que ver con él. Le pregunté a uno: "Si nunca te afectara lo que ocurre en Fyúna[1], entonces ¿no tiene importancia el pensamiento surgido de Fyuna?", y él me dijo: "¿Para qué me va a interesar lo que piensen en Fyuna, si aquello no va a poner comida en mi mesa?"[2]

Yelái: Ese ser era víctima del pensamiento realicentrista[3] tan común en esos mundos. Pero ese pensamiento no es malo de por sí; de hecho, es necesario si no tienes la oportunidad de abandonar el universo para explorar otros. Se dicen: "Dime algo que me pueda dar resultados prácticos en el mundo real, de manera que dichos resultados sean útiles para que yo pueda predecir otros hechos bajo la expectativa de la veracidad de tus afirmaciones", y esa ciencia es en lo único en lo que pueden confiar hasta que puedan llegar a otra realidad.

Áigen: Ni siquiera al abandonar su realidad se desharían de ese razonamiento; de hecho, únicamente volviéndose un viajero absoluto como nosotros es posible rebelarnos contra la practicidad de los conocimientos, anteponiéndoles el más absoluto caos en el que toda práctica será, al fin y al cabo, inútil.

Yelái: Los seres del primer cuento parecían estar conscientes de todo eso que has dicho; sin embargo, aparecían como seres normales que simplemente decidieron llevar existencias como seres que aún están limitados a una realidad, pese a que se dice que ya son como el que salió de la caverna. De nuevo me viene a la memoria Gyéo Fúntuo, que, después de salir exitosamente del Zland, decidió escoger una realidad en la que vivir como si fuera un ser no-viajero, y creo que una vez dijo que, en algún momento del recorrido, vamos a querer elegir un mundo y quedarnos en él indefinidamente.

Áigen: Interesante esa correlación con la idea de madurez. La madurez solamente sirve si tu vida es limitada, si la muerte existe. Pero para los que mantienen la inmortalidad en la mente, de nada sirve suponer estados de la vida en términos de escalas o niveles, por lo que simplemente eligen en qué momento de su vida permanecer. A esto lo comparó Gyéo Fúntuo con el árbol que se vuelve semilla y vuelve a ser árbol cuando le convenga según las circunstancias: si viene el leñador con su hacha, se transforma en semilla; si viene el ave con su pico, se transforma en árbol. Un berrinche es un gran argumento en algún

universo; un gran argumento es un berrinche en otro, y por eso es necesario tener en tu mente tanto al berrinchudo como al argumentador, siempre y cuando elijas seguir viajando.

Yelái: Por eso para Gyéo Fúntuo el estado mental más conveniente del viajero es la adolescencia, el que pulula entre dos mentes contrastantes; se hace más niño si viaja y más adulto si permanece en un mundo.

Áigen: No creo que esa interpretación que acabas de dar sea la más representativa del pensamiento de Gyéo Fúntuo.

Yelái: Es la que yo puedo sacar después de haberlo oído hablar y visto actuar, aunque concedo que no he estado expuesta a sus pensamientos directos, sin obscurecer por la falibilidad de mis sentidos e interpretaciones.

Áigen: No podemos negar también que en el pensamiento de Gyéo Fúntuo abunda la tendencia al desinterés general por alcanzar un modelo de pensamiento coherente, o al menos eso se deduce observando la cantidad de universos que existen, haciendo que una forma unificada de razonamiento sea imposible. De hecho, sólo sería posible vivir con una mentalidad fija y coherente si, como dicen los textos, dejamos de viajar y nos radicamos en una sola realidad, pero, al hacer eso, nos estaríamos encerrando a nosotros mismos en un marco muy limitado de perspectivas sólo por el beneficio de deshacerse de la trivialidad.

Yelái: Siendo así el caso, ¿por qué no intentamos buscar más puntos de vista? Podemos acudir a los hijos de Gyéo Fúntuo, esos seres fastidiosamente casi ilimitados, y que por ello se han topado con el problema de sentirse inútiles en sí mismos. Sé que constantemente luchan contra su propia trivialidad y que incluso algunos de ellos piensan tomarse en serio la idea de abandonar su actual estado de gran desprendimiento del ser, para rebajarse al mismo nivel de los que están más oprimidos por los caprichos y designios limitantes de sus realidades.

Áigen: Me gusta tu idea; vamos a visitarlos y pidámosles su opinión sobre estas historias. Oh, cómo se nota que los viajeros como nosotros no tenemos haceres más importantes. Afortunadamente, de las observaciones que se surgen de su aburrimiento, el viajero no se avergüenza.

[1]Zona boscosa del estado de Trún, cerca de la ciudad de Kórens.

[2]En el habla popular, decir que algo o alguien proviene de Fyúna se usa como expresión que denota inutilidad, de poca importancia o de baja

calidad.

[3]El original usa el término “zlandziént-fiyám”, que se puede interpretar como “tratar a la realidad como a un sol”.

Capítulo 2

Entes (2)

Encontraron al primero de los hijos de Gyéo Fúntuo en una realidad hecha de pigmentos que constantemente variaban en opacidad y transparencia, como el agua de un río que por el movimiento de su marea se va limpiando y ensuciando. Se encontraba una multitud de seres de brillantez nerviosa en torno a una competencia de dolor en la que participaban los más resistentes del Zlandliú, fácilmente distinguibles algunos por la coherencia y el celo de sus colores, inmutables y tercios.

Áigen y Yelái vieron a Síнке subir a la tarima de madera plástica, el cual, con la soberbia de un león, presumió a su contrincante de su invicto milenario. El retador era un ser hecho de pixeles que había aprendido a regenerar cada parte de su cuerpo, y aprovechando esa libertad había decidido volverse un artista profesional del dolor, por lo que había viajado por todo el zland luciendo el maltrato al que era capaz de someter a su cuerpo sin recibir nunca daño permanente. Al oír de la fama de Síнке, hijo de Gyéo Fúntuo, en ningún momento pensó que sería capaz de ganarle en las artes del dolor, sino que, ilusionado, se había apurado a asistir a ese evento con el fin de ser tomado como discípulo, y bajo su instrucción refinar su arte hasta el punto más allá de la sublimidad.

La competencia fue larga. A cada turno, la crueldad de sus torturas aumentaba: se arrancaban miembros, se castraban, se extraían órganos internos y, aún conectados, los rociaban con toda clase de porquerías ácidas que los corroían hasta volverse líquido, se rompían cada hueso del cuerpo, y se desollaban y sometían a sus músculos expuestos a un cañón que calentaba con el calor de un millón de supernovas. El punto culminante fue cuando Síнке, mostrando ya sutiles señales de fastidio, extrajo su propio cerebro y lo colocó sobre una mesa; luego, como un cirujano, localizó el centro de dolor y lo sometió a puñaladas, quemaduras, ácidos y golpes, y cada uno de esos ataques era tan severo que de haber sido dirigidos hacia cualquier otro punto de ese mundo, habrían terminado por despedazar el universo. El retador, atónito, no pudo replicar ni superar aquella portentosa muestra de resistencia, y arrodillándose ante Síнке reconoció que su arte era superior. Iba a pedirle que lo tomara como discípulo, pero de inmediato pasaron por su cabeza las hipotéticas imágenes del entrenamiento que tendría a su lado, y tembló al darse cuenta de que no eran imaginación suya, sino que Síнке se infiltraba en su cerebro y le traspasaba toda la experiencia de un alter ego de otro universo paralelo, uno que ya había sido discípulo de Síнке y estaba a su altura en su arte del dolor. Al terminar de traspasar toda esa existencia, el que había sido el retador había adquirido la misma habilidad

que ese alter ego sin pasar por ningún entrenamiento.

—Un pequeño regalo —dijo Sínke.

El ser, temblando de emoción, agradeció y se despidió, presto para lucir su nueva naturaleza regalada en miles y miles de otras realidades.

—¡Ea, hijo de Gyéo Fúntuo! —dijo Yelái— Sínke, el bufón perseverante, ¿qué haces aquí en este universo?

—Ejercito mi libertad —dijo Sínke—; desde que salí del Zlandliú recorro todo a voluntad, experimentando y absorbiendo existencias para integrarlas en mi ser, así cada vez existiré más hasta algún día volverme absurdo, hasta que decir mi nombre sea sinónimo de no decir nada.

—¿Dónde está tu gemelo? —preguntó Áigen— Es sinceramente extraño para mi muy subjetivo gusto estar frente a un Sínke sin un Yáke.

—Mi gemelo anda por ahí, en infinitos mundos, haciéndolo todo y no haciendo nada, como yo y como todos. Pero si se refieren al alter ego de mi hermano del que hemos tenido directa experiencia, aquel cuya existencia es para nosotros práctica y significativa, sepan que ha preferido permanecer en una misma realidad a lado de su pareja, a quien yo bien conocí cuando nos enviaron a aquel mundo que por mucho tiempo negué que fuera mi realidad.

—Oh, nos hubiera encantado teneros a los dos aquí en este mundo —dijo Áigen—. Quisiéramos que nos dieras tu opinión acerca de estos tres cuentos que, de improviso y sin reverencia, aparecieron en mi cara y en la de mi compañera Yelái.

—Nuestra desocupación nos impulsa a buscar la opinión de vosotros, los hijos de Gyéo Fúntuo —dijo Yelái—, pues no somos capaces de sacar nada en claro de estos tres cuentos. Dales un vistazo...

—No es necesario que los mire —dijo Sínke, interponiendo su mano—, pues sin que ustedes se hayan dado cuenta, me he tomado la libertad de absorber la completitud de vuestras existencias, y entre toda la maraña de vuestras experiencias ya he visto los cuentos y me he hecho uno con vuestras interpretaciones.

—Tal como lo esperaba de Sínke, el gran cabrón —dijo Áigen, admirado—. Oh, Yelái, ¿puede tu mente concebir a un ser más cabrón que adquiere las existencias de los seres sin su permiso?

—Mi deseo es algún día llegar a tener esa envidiable naturaleza —dijo Yelái, en éxtasis.

—Si así es tu deseo —dijo Sinke—, puedo garantizártelo y regalarte una copia de la totalidad de mi existencia; entonces seremos iguales salvo en lo que nuestras voluntades elijan hacer después de eso.

—Oh, no podría yo recibir más grato honor —Yelái casi siente deseos de arrodillarse—, aceptaré gustosa tu regalo, gran Síнке, pero no será sino hasta después de que hayamos visitado a todos tus hermanos, pues es mi voluntad ver primero cuántos de ellos me aceptan una similar petición, y escogeré después yo misma a aquellos que me parezcan mejores y más libres. Tal es mi voluntad.

—Tu voluntad es admirable, aunque su contenido me suene ridículo —dijo Síнке—; no obstante, no tengas duda de que estaré esperando tu regreso, y recibirás mi regalo. Ahora, tocando finalmente el tema de los cuentos, como ya saben, cualquier intento de interpretar o significar signos no es más que un ejercicio banal cuando se es un viajero, así que la opinión que os daré será teniendo en mente la realidad a la que a mí y a mi hermano nos enviaron a vivir, cuando éramos recién nacidos, y en la que permanecimos hasta que nos llegó el momento de volver.

—Sí, esa realidad —dijo Yelái—, la que está hecha de trazos, donde un gesto vale lo que un millar de inútiles gestos en nuestro mundo original.

—Si adopto la mentalidad de ese mundo, mi opinión es simple para los tres cuentos: trabajad, esforzaros para crecer y quizás llegarán a ser algo más grande. Pero esa opinión ya la saben: hay infinitas iguales y ya las habéis escuchado todas.

—¿Y cuál es tu opinión si te las tomas con mayor seriedad? —dijo Yelái— Porque es evidente que en el fondo sólo te estás burlando, y esa opinión que dices no tiene más que la intensión de una simple parodia superflua.

—Hablas con acierto —dijo Síнке—. Venid conmigo entonces; vamos a pasear. Os prometo que mis argumentos serán serios esta vez, mas no así mi actitud.

Aparecieron en un miserable cerro hecho de fango cuya peste era tal que creían que se les derretían los ojos. Poblado el cerro, miles de niñitos famélicos pero con tiernas manitas esqueléticas, desnudos y con la piel roja por sol, revolvían el fango en busca de insectos o alguna plantita que por ventura hubiera derrotado el peso del fango y salido a la luz. Sinke, adoptando una forma infantil, se puso a revolver el fango entre ellos y

comió de los insectos.

—¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó Yelái— Nunca había visto un sitio más triste que este, en parte porque nunca he intentado viajar a uno —y al decir esto miraba los miles de cerros que conformaban aquella región, donde ni uno de los cinco ríos tenía agua azul y el aire sólo llevaba el hedor de los cuerpos muertos de los niños que habían muerto de hambre y sed—, pero ahora... este sol amarillo... este aire corrompido... este fango que siento aferrarse hasta mis huesos...

—Yo también lo siento —dijo Áigen—... me estoy integrando... ¿tú estás haciendo esto, Sinke?

Al hablar, ambos también se inclinaron en el fango e imitaron a los niños, de los que salían sollozos, gemidos y lágrimas. Síнке, llorando como ellos, y sin dejar de buscar insectos como si de verdad fuera a morir si no los comiera, dijo:

—Los he traído aquí para que experimentemos cómo es salir de la burbuja, de la cueva o de la zona, según la perspectiva de los seres del mundo donde me enviaron de pequeño. La tragedia, el dolor, el sufrimiento, el hambre de los más inocentes... eso era la realidad, al menos en unas partes de él, y todo lo que no fuera así era una burbuja, una cueva, o una zona de confort.

—¿Así viviste tú? —preguntó Áigen.

—No; yo estuve en la burbuja, en la cueva, en la zona. La "realidad" era apenas un lejano bosquejo inaccesible para mí, pero nunca me importó acercarme a este hecho; "¿para qué importarme si de todos modos aquél no era mi mundo?" Así pensaba yo.

—Yo a veces deseo poder hacer algo para que este tipo de mundos no exista —dijo Yelái—, pero luego recuerdo que en nuestro megaverso eso no es posible dada la ley de la perpetua bifurcación.

—He estado en megaversos donde esa ley no existe —dijo Síнке—, y ahí me ha sido posible erradicar por completo el sufrimiento. Sin embargo, en los megaversos donde la ley de la perpetua bifurcación existe no hay nada que podamos hacer; no se puede erradicar el sufrimiento de todo el zland, o al menos ni yo ni mis hermanos hemos obtenido la naturaleza que nos lo permita.

—¿Cuánto tiempo más estaremos aquí? —dijo Áigen, a quien miles de pequeñas hormigas del fango ya le habían llenado el cuerpo de ronchas que se inflamaban y reventaban con una terrible comezón.

—Hasta que muramos —dijo Sinke—. Acompañemos a estos pequeños en su dolor.

—¿Por qué no sólo los ayudas? —preguntó Yelái— Elimina el sufrimiento de este universo, aunque sea.

—De nada sirve —dijo Sinke—, la realidad se bifurcará y seguirán habiendo infinitos mundos en los que no pude eliminar el sufrimiento, y más aún, en realidad ya lo estoy eliminando en este preciso momento, en una bifurcación de este mundo.

Continuaron buscando insectos y plantas. Muchos de los insectos que vivían en el fango les producían dolorosas picaduras que acrecentaban su sed y hambre. Los niños fueron muriendo uno a uno, y muchos huesitos fueron accidentalmente desenterrados por los viajeros en su búsqueda de comida. Sobre esos huesitos encontraron hongos comestibles creciendo, y al darse cuenta de eso los niños se abalanzaron sobre ellos para saborear sus néctares aguados, se golpearon, arañaron y mordieron hasta que sólo uno quedó vivo para comerlos. Horas después, cuando el frío de la noche obligó a los niños a bajar a las faldas de los cerros para cobijarse en las pequeñas cuevas de su interior, estaban tan cansados y hambrientos que pocos pudieron defenderse contra las anacondas nocturnas que habitaban en la cumbre de los cerros, invernando durante el día, y hubo una sinfonía escabrosa de huesos rompiéndose y alaridos agudos que clamaban por un momento de dicha en sus miserables vidas. Los viajeros y Sinke sobrevivieron a las anacondas, pero murieron de frío durante la noche, y sus cadáveres fueron devorados por las hormigas y sus huesos enterrados en el fango.

En seguida escucharon la agrablísima música de violines y trompetas. Sintieron la suavidad de camas con sábanas de seguro robadas de varios dioses del erotismo, y un aire fresco que olía a los alientos perfumados de los más inocentes beatos; y para sus ojos, el regalo de la vista de una playa de arena blanca, peñascos cobrizos y un cielo igual a una laguna, en donde el sol no quemaba.

—¿Dónde estamos ahora, gran Sínce? —preguntó Áigen.

—Ya hemos experimentado la realidad según mi mundo, ahora experimentaremos la burbuja, la zona y la cueva.

Caminando en dirección a la cama a la orilla del mar, se dirigían dos de los más majestuosos especímenes de mujer y uno de hombre. La belleza de tales seres y la voluptuosidad de sus cuerpos paralizaron a los viajeros y a Sínce, quienes, rojos y casi sin respiración, aguardaban con impaciencia a que esos seres terminaran de desprenderse de sus ropas y

se metieran con ellos en la cama.

—A este tipo de mundos me gustaría convertir la completitud de la existencia —dijo Yelái, desnudándose—, creo que es por eso que constantemente viajo a ellos.

—Yo no llego a tal extremo —dijo Áigen—, pues en el balance entre el placer y el dolor está la gracia de ser viajero.

—No olviden que debemos tratar todo esto como si fuera fantasía —dijo Sínke—, así que cada segundo que estemos disfrutando de esto asegúrense de sentirse tristes, miserables, patéticos o insignificantes, y deben querer volver al mundo de los cerros de fango sólo porque aquel mundo es la "realidad". Gócenlo con culpa.

Ni el santo más fervoroso sintió tanto gozo en su alma al ascender al paraíso como cuando los viajeros y Sínke utilizaban esos cuerpos para deleitarse. Durante todas las horas que duró aquella orgía, hasta bien entrada la noche, no hubo pasión que no experimentaran ni forma que no adquieran para explorarla. Cuando finalmente cayeron rendidos, el viento era tan exquisito en su frescor que se sintieron como si fueran elevados en el aire, más allá de toda realidad significativa.

El espacio ahora es una pantalla blanca. No hay nada importante que ver.

—Gracias por mostrarnos la opinión de ese mundo que fue tuyo, gran Sínke —dijo Yelái—, pero queremos saber tu opinión honesta sobre los cuentos, alguna observación que nos pueda resultar de interés.

—Nunca me ha gustado ser serio con mis opiniones —dijo Sínke—, lo considero una limitación que restringe mis experiencias, y por eso he de decirles que no pierdan el tiempo con esos cuentos que no sirven para nada. Sigán viviendo y viajando, eso sí. Lamento si no les ha agrado mi respuesta final, pero siempre pueden ir con mis hermanos y preguntarles; a lo mejor ellos sí tienen la osadía de tomárselos en serio.

—¿Algún día querrás dejar de viajar para permanecer en un mismo mundo? —preguntó Áigen.

—Indudablemente lo querré, mas no próximamente; eso es seguro al menos para mi yo actual. Y es aquí donde los dejo, pequeños. Suerte con su ociosidad.

Capítulo 3

Entes (3)

Se encontraron Áigen y Yelái subiendo por la ladera de una colina selvática, donde crecían enormes enredaderas de plantas de las que emanaba el aroma de la vida después de la lluvia y el vapor de la tierra llenaba el aire con un calor sofocante. En poco tiempo llegaron a una cueva donde aguardaba sentada Émbora, portando con endiosamiento la antigua armadura que alguna vez utilizó para combatir. Émbora no se molestó en ponerse de pie al ver a los viajeros y siguió contemplando la vegetación de la colina.

—Saludos, magnífica Émbora, la valiente —dijo Áigen—. Esperamos que nuestra visita no sea de tu desagrado y que no estemos importunando importantes reflexiones, esperanza que de seguro no importa a los seres que han llegado a tu estado.

—Así es, jóvenes viajeros —dijo Émbora—, y no perdáis el tiempo pretendiendo que les importa si me habéis interrumpido en algo o no. Venid, sed bienvenidos aquí a mi lado. Mi colina es vuestra también.

Los dos viajeros se sentaron, uno a cada lado de Émbora, y la acompañaron en su contemplación de la jungla a sus pies.

—Seguro, por tus poderes de absorción del ser y del estar —dijo Yelái—, ya sabrás la razón de nuestra visita con mucha mayor claridad que nosotros.

—Absorber existencias últimamente me parece fastidioso —dijo Émbora, por cuya piel morena recorrían pequeñas gotas de sudor—, sólo las absorbo si me parecen interesantes, así que solamente si las vuestras me lo parecen, las adquiriré.

Yelái miró de reojo el rostro firme de Émbora, igual al de un soldado siempre en espera de una orden, pero el viento movía sus largos cabellos rizados de manera que le obstruía la visión de ese rostro tan paciente, y sin embargo tan severo.

—A nosotros se nos han aparecido de repente tres cuentos —dijo Yelái—, y nuestra ociosidad nos mueve a buscar la opinión de los hijos del gran Gyéo Fúntuo. Hemos estado ya con tu hermano Síнке y de él hemos obtenido experiencias nada despreciables.

Áigen ofreció a Émbora las láminas donde estaban los cuentos. Ella los examinó por tres segundos y los apartó de sí diciendo:

—¡Pérdida de tiempo, nada más que pérdida de tiempo! Esto no es sino una muestra del entrenamiento que todo viajero de nuestra clase debe integrar. Mi interpretación de los tres cuentos es simple y clara: nada importa y no hay nada que puedas hacer contra eso.

—Siendo sincero —dijo Áigen—, esperábamos quizás un análisis más severo de tu parte, que te pusieras a observar con detenimiento los componentes de cada cuento y sacaras de ellos mensajes significativos.

—Eso ya no es de mi interés —dijo Émbora, y sus ojos se volvieron más severos, apretó con la empuñadura de una brillante espada curva que le colgaba de la cintura—. Lo único que puedo haceros notar es que los cuentos no se molestan en explicar cómo los personajes adquieren las habilidades que les permiten desprenderse de sus naturalezas para poder viajar. ¿Cómo adquirió uno la libertad de viajar por el espacio, o la de no comer, o la de no respirar?

—Debido a la naturaleza metafórica de los relatos —dijo Yelái—, no es de importancia el cómo, sino lo que hacen con todo eso.

—Quiero enfocarme en ese asunto —dijo Émbora, se levantó empuñando su espada, su armadura cobriza con tallados de figuras mitológicas quedó bañada en rayos de sol, y blandiendo la espada en el aire la convirtió en una serpiente, que huyó entre los matorrales en el momento en el que Émbora la arrojó bruscamente al suelo—. ¿Sabéis cómo es que logré convertir a esa serpiente en espada la primera vez? —preguntó con desdén.

—Sabemos la historia de tus hermanos y cómo fueron creados —dijo Yelái un tanto preocupada, pues el gesto de Émbora parecía dar a entender que le provocaba un profundo disgusto que aquello fuera sabido.

—Entonces sabréis que, desde nuestra creación, a cada uno se nos dio ciertas libertades especiales que desentonaban con la norma de las realidades a las que nos enviaron de pequeños. A mis hermanos Yake y Sinke les dieron el control sobre el agua; a mi hermano Dáran, sobre el fuego; a mi hermana Bizái, sobre el espacio... y también nos dieron libertades comunes a todos nosotros, tales como nuestra casi inmortalidad. De seguro sabéis también cómo obtuvimos las libertades que nos hacen ahora lo que somos.

—Sabemos toda su historia —dijo Áigen.

Émbora los miró como una capitana frente a unos soldados rasos, desdeñosa y como si fuera a estallar en órdenes de la más alta

importancia. Entonces los hizo cambiar de mundo.

Están ahora en una realidad que consistía únicamente de montículos de piedras que ensuciaban el aire con su polvo gris. Sin sol que alumbrara, la luz provenía de las mismas piedras, y era tan tenue que asemejaba a la luz de la luna de una noche nublada. "He puesto pausa a gran parte de mi ser", dijo Émbora, tomó una piedra y los viajeros la vieron luchar con sudor y sangre por levantarla de su sitio. Émbora batalló con su peso hasta que pudo alzarla por sobre sus hombros y la arrojó pesadamente sobre otras rocas. Hizo lo mismo varias veces hasta que se dieron cuenta de que estaba formando un montículo nuevo. "¿Por qué haces eso?", preguntó Yelái, Émbora contestó: "Porque esto es lo que se hace cuando se posee la desventaja de depender de tan poca existencia; mover cada roca cuesta un enorme esfuerzo, y si no dedico tiempo, energía y espíritu, nunca podré armar la torre". Se mantuvieron todos en silencio mientras Émbora continuaba con su trabajo. Esperaron los viajeros sentados a la distancia. Pasó un día, una semana, luego un mes, un año y otro año, un siglo, pero el montículo todavía no estaba lo suficientemente alto. Las centurias se fueron volando y la torre de rocas se elevaba tan alta que daba trabajo ver a Émbora subiendo por la ladera. Cuando pasó finalmente un eón, Émbora declaró que ya no tenía energías para continuar creándola, y bajó junto a los viajeros. "¿Qué quisiste demostrarnos construyendo esta torre?", preguntó Áigen. Émbora contestó: "Ahora voy a activar de nuevo mi libertad por completo", dicho lo cual, de un leve puñetazo toda la torre de rocas quedó hecha pedazos, dejando todo aquel mundo sumido en una bruma polvorienta. Después de un momento, las piedras, como si tuvieran vida propia y obedecieran el severo mandato de la mente de Émbora, volaron presurosas a rearmar la torre que acababa de caer, y en menos de lo que los viajeros se dieron cuenta, se había formado una torre el cuádruple de alta que la que Émbora había creado en un eón. Entonces Émbora los hizo levitar hacia la cima, y mientras subían habló: "Cuando regresamos a nuestro mundo original, mis hermanos y yo nos enfrentamos de nuevo a aquello que los seres llaman esfuerzo y penurias, simplemente para poder experimentarlas y superarlas, y de ese modo adquiriríamos nuevas libertades. Sin embargo, un día comprendimos que aquello era inútil, porque obtuvimos la libertad de sustraer las existencias de los seres, de manera que el verdadero esfuerzo y la verdadera penuria quedaron vetadas para nosotros. A mí misma mi padre me ofreció liberarme de la necesidad de pasar por esas pruebas, dándome por completo su propia existencia y sus propias habilidades de aquel tiempo, al principio no acepté porque creía que la grandeza estaba en obtener las existencias por el propio esfuerzo y la penuria, pero luego comprendí que, en la escala amplia de los mundos paralelos, no hay diferencia entre esforzarse y obtenerlo todo gratis, así que acepté el ofrecimiento de mi padre y me convertí en gran parte de lo que soy ahora". Ya habían llegado a la cima

antes de que Émbora terminara de hablar, y desde ahí contemplaron el cielo negro como un espejo sin estrellas. “¿Los personajes de los cuentos se habrán dado cuenta de eso del mismo modo que tú?”, preguntó Yelái, y Émbora contestó: “Ya ni estoy teniendo en consideración esos cuentos al explicar todo esto, os he dicho que no me interesa”.

Regresan al mundo de las colinas selváticas. Inmediatamente se aproxima la serpiente que había sido espada, como un perro manso que se ha arrepentido de haber huido y suplica el perdón de su dueña. Émbora la toma de la cola, la serpiente se vuelve a transformar en la misma espada y vuelve a ser colocada suavemente en la cadera de su dueña.

—Es nuestra voluntad ir con tus otros hermanos —dijo Áigen—, ¿a cuál nos recomiendas visitar ahora?

—Decidid vosotros —contestó Émbora—, estáis condenados a la libertad.

—Antes de irme —dijo Yelái— quisiera saber si, después de haber satisfecho mi ocio, podría regresar contigo para que me dieras tu existencia y la integre en mí. Hace rato le pedí lo mismo a Síнке y él aceptó con gusto.

—No tengo oposición a eso —dijo Émbora—. Es curioso: lo que ahora soy primero luché por ganármelo, y al final lo gané al mismo tiempo que me fue regalado, y ahora te lo voy a regalar yo sin que tengas la necesidad de lucharlo. Sólo recuerda que en algún momento, dada la inmortalidad de los viajeros, te sentirás con las ganas de renunciar a toda tu libertad para ganártela todo de nuevo desde el principio; ése es mi sentir actual.

Capítulo 4

Entes (4)

—Ya pueden pasar —dijo una secretaria pelirroja, que pertenecía a un mundo pintado en el que los ojos de los seres apenas existían.

Áigen y Yelái encontraron, sentado en su escritorio, ojeando con semblante aturdido cientos de documentos, al hermano Dáran, que al darse cuenta de ellos les sonrió y ofreció que se sentaran.

—El bello Dáran, el prudente —dijo Yelái, brillándole los ojos—, ¿en qué estás ocupado?

—Los acuerdos y condiciones de varias realidades antes de integrarse al Zlandliú —dijo Dáran—, no tienen idea de la cantidad de mundos que están ansiosos por ser parte de nuestra sociedad, pero se muestran renuentes a considerar las consecuencias inevitables (acaso incómodas) que implica la convivencia en sociedad con otros universos. ¿Pero qué es lo que buscan ustedes?

—Venimos a pedirte opinión sobre unas historias que en nuestro ocio se nos aparecieron —dijo Áigen, entregándole las láminas.

Dáran las examinó atentamente, de la misma manera que lo haría con los documentos formales que se encontraba revisando. Mientras se tomaba su tiempo, Yelái dijo:

—¿Cómo te ha ido en esto de trabajar para el Zlandliú? Alguna vez me llamó la atención dedicarme a viajar entre los universos para convencerlos de unirse, pero mi voluntad estuvo por otros lados. ¿Cuánto tiempo más crees que esta forma de vida será tu voluntad?

Dáran contestó, sin apartar la vista de las láminas:

—Todos mis hermanos comenzaron al principio siguiendo este camino, y poco a poco fui testigo de cómo sus voluntades los hacían tomar caminos diferentes, diseminándose por todo el zland, dejándome sólo en esta empresa. No es más que cuestión de tiempo para que yo también elija irme, y para que los demás decidan volver.

Después de un rato bajó las láminas, y dijo:

—Quiero limitar mi opinión a un solo aspecto de lo que pude interpretar, sin señalar el cuento específico. Ustedes, como viajeros, ¿qué van a hacer con todo lo que logren cosechar de sus experiencias?

—Yo espero ver todo lo que me sea posible ver hasta que me harte —dijo Áigen—, y después encarnarme en algún mundo donde yo sea un ser relevante, y compartir mis conocimientos sobre el zland como un sabio respetado.

—Yo quisiera llegar al mismo estado al que tú y tus hermanos han llegado —dijo Yelái—; de hecho, iba a pedirte si me dejabas poseer tu existencia para ser lo mismo que tú. Tus hermanos Sinke y Émbora ya me han dado su aprobación para poseer las tuyas.

—Seguro, te la daré —dijo Dáran, levantándose—, pero el lograr obtener todo eso será, al fin de cuentas, poseer una libertad que no se han ganado, ¿o sí?

—En las circunstancias que vivimos —dijo Yelái, tras pensar un momento y analizar la mueca interrogadora de Dáran— ¿qué diferencia hay entre lo que ganamos con méritos y lo que sólo se nos da? ¿No es precisamente el origen de todas las naturalezas el haber sido creados con dones no ganados? El tiburón no se ganó sus dientes ni el sol se ganó su calor; todo eso les fue dado por la realidad.

—¿Y es eso justo? —preguntó Dáran— ¿Importa que lo sea en primer lugar?

—En este mundo todos los seres nacen con un solo apéndice. Mírenlos arrastrar sus abultados cuerpos con él sobre la tierra. El mismo apéndice es al mismo tiempo para desplazarse, respirar y comer, ¿están estos seres en desventaja en relación a nosotros?

Los viajeros vieron a esos seres animalescos desplazándose por lo que parecía un desierto de arenas negras, revolviendo el suelo con sus únicas trompas y escondiéndose en sus madrigueras al percatarse de las sombras de las nubes en el cielo. Estos seres no podían ver ni a Dáran ni a los viajeros.

—Ciertamente no podrán hacer muchas cosas —dijo Áigen—, no los imagino escribiendo, tocando violines, pintando o empuñando espadas —mientras hablaba, Dáran adquirió la misma forma de esos seres y se puso a arrancarle las hojas a un arbustito para comérselas—, pero supongo que para lo que su realidad les ha deparado, lo que tienen es suficiente por ahora.

Con su casi inexistente boca, Dáran dijo mientras masticaba:

—¿Y si sólo es suficiente en apariencia, pero en realidad sus vidas serían mucho más cómodas si poseyeran lo que no poseen?

De la parte de abajo del rechoncho cuerpo de Dáran surgió un par de patas robustas, con las cuales se irguió y provocó la admiración de sus compañeros de mundo, que se acercaron para admirar esos nuevos apéndices con los que Dáran alcanzó las frutas verdes que crecían en un árbol espinoso. Los pequeños seres las comieron y rodaron en torno a Dáran en señal de alabanza.

Dijo Dáran:

—Es curioso que en un mundo donde todos tengan sólo un apéndice, el que tiene tres es como si fuera un héroe. Díganme, viajeros, ¿es injusto que yo posea estos apéndices extra, mientras que el resto de mis compañeros siga teniendo sólo uno?

Sin darles tiempo para contestar, un grupo de aquellos seres se juntó para llevar a cabo una importante discusión. Dáran hizo un gesto a los viajeros para que se callaran y escucharan lo que habrían de decir. Tras un rato,

surgió de entre ellos el más voluminoso de los qoéri, como se llamaba su especie, y poniéndose en frente de Dáran comenzó a hablar:

—Después de mucho deliberar, hemos llegado a la conclusión de que tu existencia no puede ser tomada a la ligera, ya que implica consecuencias de orden filosófico que a muchos de nosotros inquietan. La cuestión es esta: no representas nuestra realidad; no eres parte de las experiencias comunes de los qoéri; no sufres lo que nosotros, y, muy seguramente, tus experiencias también son inalcanzables para nosotros. ¿Para qué queremos en nuestro mundo a un ser que no representa a nuestro mundo? ¿De qué nos sirve tener un compañero que puede hacer lo que nosotros no podemos y que por ello vive mejor? ¿Te das cuenta de lo que queremos decir? Nosotros como colectivo tenemos problemas, y lo que menos nos gusta es que uno de nosotros desarrolle tales libertades y nos eche en cara lo que no podemos hacer. Para ponerlo simple: tu existencia es injusta. Así que o vuelves a ser como eras antes, poseyendo solamente un apéndice como todos nosotros, o te comprometes a usar ese poder para servir al mundo cuando se necesite, brindándonos los frutos de ese árbol que de otro modo serían inalcanzables, o te vas de aquí y no regreses nunca, o te matamos.

—¿Qué debería hacer, viajeros? —preguntó Dáran sin quitar la vista del jefe de los qoéri.

Mientras esperaba una respuesta, los más jóvenes de los qoéri empezaron a jugar diciendo:

—¡Yo también quiero otros dos apéndices!

—¡Sí, qué genial sería poder alzarse en alto como él!

—¡Yo podría agarrar esas frutas por mí misma!

Y eso exasperó al jefe:

—¿Ya ves lo que has hecho? —gritó a Dáran, mirándolo desde abajo con sus ojitos negros— Tu falta de representación fiel de la realidad está haciendo que los demás ignoren la realidad de nuestro mundo y se pongan a desear cosas absurdas.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Áigen, que contemplaba con cierta tristeza a los qoéri.

Dáran volvió a su forma normal, y para los qoéri fue como si se desvaneciera en el aire.

—Es bastante simple —dijo Dáran—, aquello que no sea un retrato de la realidad de uno, será desechable.

Dáran hizo que al resto de los qoéri les crecieran apéndices similares a los que él se había dado, y al levantarse del suelo y comprobar que podían alcanzar los frutos, comenzaron a celebrar; incluso el jefe parecía haberse olvidado del desaparecido y de sus palabras, pues su realidad había cambiado, y cuando la realidad cambia el pasado se vuelve ficción.

—Bello Dáran —dijo Yelái, mirando complacida a los qoéri—, me gusta lo que has hecho, pero ¿qué tiene que ver con los cuentos?

—El valor de todo esto no está en lo que ha sido escrito —dijo Dáran, con un aire de desasosiego—. Todos esos personajes que han viajado por todo el zland, ¿qué serán para todos aquellos que no han viajado nada? ¿En otros mundos serán rechazados por ser ficciones, serán elevados a dioses,

serán ignorados? Todo nos pasará.

Están ahora en un enorme disco plateado que flota en un espacio violeta. Lo puebla un grupo de seres humanos, uno de los ancestros de la especie de la que descienden Dáran y sus hermanos. Al entrar en ese disco sin atmósfera, Dáran camina normalmente entre ellos seguido de los viajeros.

—Este mundo está en el límite de mi magnitud —dijo Dáran—, mientras no aumente el alcance de mi magnitud, aquí soy igual de vulnerable que esas personas en casi todo.

Y contemplaron las construcciones de piedra brillante en las que se refugiaban. Venían algunos con cargas de animales para cocinar, y el bosque en el que habitaban tenía árboles rojos que ardían con tal facilidad y por tanto tiempo, que con un solo tronco ponían a asar pedazos de animales por días.

—Dime, Dáran —dijo Aígen, con ojos nerviosos pero con voz agradecida—, pero ¿acaso nos estás protegiendo de la magnitud con tu libertad? Sabe que nosotros, los viajeros sencillos, no tenemos la capacidad de soportar las magnitudes superiores como ustedes, los hijos de Gyéo Fúntuo.

—Lo sé, y en efecto los protejo, ya que estamos a una magnitud de Aleph-0[1] en relación a nuestro universo.

—¿Aleph-0? —exclamó Yelái, impactada— Así que este universo es por ahora el límite de tu libertad. Si no nos estuvieras protegiendo, este universo nos habría aplastado tan rápido...

Dáran los ignoró y se dirigió a uno de los humanos, se desnudó para estar como ellos y comenzó a ayudarlos en sus laboriosas ocupaciones. Los ayudó a cazar, cocinar, sembrar; labró durante días la tierra brillante para hacer crecer vegetales, crio a los animales de las granjas, participó en las cosechas cargando los sacos de semillas, y todo lo hizo con una jovialidad tal que parecía haber pertenecido a esa realidad desde siempre, sin conocer ninguna otra. Escondidos en la invisibilidad, los viajeros comprobaron que Dáran, al trabajar, se cansaba de verdad, sudaba de verdad y se lastimaba de verdad, pues en los universos en la magnitud límite, era tan frágil como lo había sido alguna vez en su realidad original. Una noche que hubo una celebración en torno a una gran hoguera, creada sobre los troncos de árboles rojos, Yelái preguntó:

—¿Cuál es el punto en mostrarnos todo esto?

Dáran contestó, mirando el fuego hipnotizado, como si en él viera visiones fantasmales:

—En este mundo aparentemente estoy en igualdad con todos: mis músculos, mis huesos, mi agilidad, mis habilidades... todo es igual a la de esos seres. Aquí no podría derribar un árbol con un dedo, no podría volar, no podría estar sin comer. Sin embargo hay una cosa que no es igual y que me pone en un estado de injusticia: yo en cualquier momento, ahora

mismo, podría hacer a mi mente viajar a un alter ego que habite en las magnitudes superiores, adquirir su capacidad y libertad, y de inmediato este universo ya no sería mi límite y me volvería de nuevo algo sobrenatural, alguien con capacidades injustas para los seres nativos de aquí.

—¿Lo vas a hacer? —preguntó Aígen.

—No es mi voluntad aún —dijo Dáran, y los miró lleno de culpa—.

Viajeros, a mí me tocó la mejor realidad de todas a las que nos enviaron de pequeños, una realidad de placeres, donde el dolor es escaso y no había ley mayor que la del gozo. Ahora que tengo la oportunidad, me gusta explorar las realidades contrarias, pensando que con ello experimentaré lo que en ese entonces no era sino una ficción, pero conforme vivo esas experiencias, e integro esas realidades en mi ser, menos importante es la diferencia entre un mundo utópico y uno distópico. Les recomiendo ir a visitar a mi hermano Kóntro, al que le tocó la realidad más terrible de las nuestras.

[1] En otros momentos de ParalefikZland, se usa el Aleph-0 para representar cantidades tan grandes que no es de utilidad alguna intentar precisarlos o calcularlos.

Capítulo 5

Entes (5)

La visita al hermano Kóntro fue muy breve, pues aún con toda su experiencia, Áigen y Yelái no pudieron evitar sentirse en constante peligro cerca de él.

Si la tonalidad anaranjada en los iris de Dáran le daban a su aspecto la belleza de un iluminado, el mismo color en los ojos de Kóntro le hacían parecer cruel y déspota, que ni siquiera en sus momentos de más calma estaba libre de pensamientos macabros, y en quien era imposible confiar debido a lo volátil de su voluntad. Así lo encontraron los viajeros mientras Kóntro enfrentaba al tribunal de un país que, por lo que parecía, estaba en la miseria. Vieron que Kóntro, muy pacientemente, con sus ojos malévolos, abogaba por la situación del país y exhortaba a sus gobernantes a, entre otras cosas, bajar los impuestos, sacar al gobierno de la vida privada de la gente y a evitar el despilfarro, ante lo cual recibía excusas y respuestas ambiguas. De repente, todos los líderes y figuras poderosas presentes lanzaron gritos de pánico y dolor, tan súbitos y atronadores que los viajeros se sobresaltaron y perdieron toda compostura; un fragmento del infierno había surgido en aquella sala. Kóntro, disfrutando de los alaridos, esperó a que terminaran, tras lo cual dijo:

—Eso que sintieron es el dolor de sus genitales siendo arrancados de raíz mientras son quemados por brasas. Tengo la libertad de provocarles ese dolor directamente en sus cerebros sin necesidad de tocar sus cuerpos. El trato es este, líderes del mundo: volveré en un mes, y si para cuando vuelva la situación de su mundo no ha mejorado, volverán a sentir este mismo dolor, todos, desde los presidentes hasta los senadores, los diputados, los secretarios del gobierno y un largo etcétera. Por cada mes que su mundo siga así, seguirán sintiendo ese dolor, y no cesaré hasta que hayan paliado el sufrimiento de este mundo. No me miren como si pidiera imposibles; sé que tienen los recursos para hacerlo de sobra; sólo les he dado la motivación. Nos veremos en un mes.

Diciendo eso, se volvió invisible y la concurrencia entró en pánico. Kóntro hizo entrar a los viajeros en un espacio donde no llegaba el sonido del exterior, y sólo podían ver a los líderes del mundo discutiendo aterrados.

—No va a funcionar —dijo Kóntro con una inflexión de bondad—. Aún si los gobernantes reducen su poder, falta que la gente común también hagan de su parte. Me temo que tendré que hacerles una amenaza similar, diciéndoles que si no dejan de ser pobres de espíritu y siguen siendo de mente mediocre, tendré que torturarlos también. Aunque la misma tortura quizá sea aburrida; tal vez el dolor de ojos arrancados, de parásitos carnívoros, cefalea en racimos perpetua...

Áigen y Yelái intentaban no mostrarse intimidados, pero al ver que ese miedo parecía alegrarle, Áigen dijo:

—¿Por qué no simplemente arreglas este mundo con tu libertad? —se tranquilizó al ver que Kóntro sonreía con complacencia— Quiero decir... poderoso Kóntro, tú tienes libertad de sobra para volver de cualquier infierno un paraíso.

—Sí, así es —dijo Kontro y contempló el silencioso tumulto de políticos—, tengo la libertad, pero no la voluntad. ¿Quién me amenazará para que actúe de otra forma?

—Poderoso Kóntro —dijo Yelái, con un tartamudeo—, hemos venido a ti para...

—Sí, sí, ya sé —interrumpió Kóntro agitando la mano—, ya adquiriré sus existencias y vi lo de los cuentos. Y no te preocupes, te regalaré también mi ser cuando quieras. En fin, esos cuentos, que parecen haber sido ideados por mi padre, pueden referirse a la voluntad. Todos ahí están siguiendo su voluntad usando sus libertades como puentes. Por voluntad salen de la burbuja, la cueva y la zona, y exploran, adquieren, integran y deciden. Cosa hermosa es la voluntad, ¿no creen? Pero ¿cuál es el precio de la voluntad? ¿Se debe exigir que la voluntad venga con el costo de la responsabilidad, o es esa una demanda insensata cuando tomamos en cuenta la infinidad de realidades?

—Todo eso es sumamente interesante —dijo Áigen, sonando un tanto servil—, ¿podrías servirte de algún ejemplo en otra realidad para experimentarlo directamente?

—¡Seguro!

Fueron a un mundo ubicado en un megaverso muy lejano. Toda la realidad estaba compuesta de un ser atado a una mesa y un pequeño jardín que crecía alrededor de él, con árboles verdes y frondosos, hierba que emanaba un aroma húmedo y muy tranquilizante, y muchas flores con colores brillantes y llenos de vida. Todo el espacio más allá de los límites del jardín era tan negro como las zonas abisales, y una luz amarilla salía de la nada en la zona del jardín.

Kóntro: Y bien, ¿qué tal está este mundo? Lo descubrí hace mucho tiempo y a veces vengo para trabajar en un proyecto.

Áigen (tiembla un poco al ver al pequeño ser tendido en la mesa): Es un mundo interesante, poderoso Kóntro, ¿podrías explicarnos su naturaleza? El ser, que asemejaba un cuerpo consistente en tres bolas de carne pegadas, con varios ojitos en la más pequeña y extremidades en las más grandes, empezó a respirar fuertemente al ver a Kóntro, casi al punto de convulsionarse de terror.

Kóntro: Es en realidad muy sencillo. Este jardín crece entre más torturado sea ese ser.

Yelái: ¿Torturado?

Kóntro: Mientras más cruelmente sea vejado, más bello y grande crecerá el jardín. No se inquieten demasiado. Siempre me aseguro de que vuelva a su estado normal después de la tortura, y como es el único ser de toda esta realidad, bien podría decir que no tiene otra función más que la de sufrir por el jardín, quizás llegue el día en que toda esta realidad se vuelva una selva frondosa donde surjan otras formas de vida inteligente, y

vendrán a rendirle tributo a este pequeñín por hacer surgir este mundo con su dolor.

Kóntro hizo aparecer una caja metálica donde había todo tipo de cuchillos y objetos punzocortantes, también había ácidos y artefactos que desprendían fuego. El pequeño ser sin nombre se retorció al ver uno de los cuchillos acercarse a su cara. A Kóntro le brillaban sus ojos anaranjados con un fuego infernal, disfrutando cada instante del temor del pequeño ser. Cuando uno de los ojitos fue extraído, Áigen notó que junto a su pie había comenzado a brotar una florecita, y para cuando el ser ya no tuvo más ojos la flor se había abierto y lucía un hermoso color rojo, y de ella surgían olores que le entumecieron el cerebro, recordándole a la experiencia que tuvieron con el hermano Síнке en la playa blanca.

La tortura prosiguió de las maneras más abominables mientras los chillidos del ser viajaban hasta perderse en la oscuridad, pero el poder de Kóntro le impedía morir. Mientras el jardín seguía embelleciéndose, Áigen y Yelái se distrajeron de la tortura comiendo de los frutos de los árboles y lanzando piedras en un arroyuelo que había comenzado a surgir de una roca, el cual formaba un río que se dirigía hacia la penumbra. Cuando ya no hubo en el ser más carne que cortar ni más nervio que arrancar, quedando solamente su cerebro intacto, Kóntro hizo resurgir su cuerpo hasta quedar igual que al principio, y ahora el ser dormía con el corazón acelerado, soñando que existía en otro universo. El perímetro del jardín había aumentado cinco metros.

Kóntro (extasiado): La voluntad, compañeros, la voluntad.

Los viajeros regresaron a su lado, con miedo a verlo a los ojos, como niños ante una madre abusiva.

Kóntro: Ese es el sentido implícito de esos cuentos: no hay responsabilidad en el fondo por las acciones; da lo mismo usar mi libertad para causar dolor como para impedirlo. De hecho, por ahora hago más lo primero que lo segundo.

Áigen: Gracias por su tiempo, poderoso Kóntro, pero nuestra voluntad es visitar a otro de tus hermanos.

Kóntro: Perfecto, perfecto. Les recomiendo a mi hermana Dáya; de seguro tendrá algo interesante para ustedes.

Capítulo 6

Entes (6)

Dáya sintió a los viajeros aproximarse su universo. Cuando llegaron, fueron recibidos por un universo de pequeñas dimensiones en el que no había más que un único orbe gris estático; a su lado, Dáya observaba a los seres que habitaban lo habitaban. Su rostro era apacible, somnoliento, pero con una sonrisa amorosa y confiada. Dijo Áigen: "Hola, dulce Dáya. ¿Qué haces en este universo tan pequeño? ¿Y sabes por ventura por qué nos ha parecido que llegar hasta aquí nos ha tomado mucho más trabajo de lo normal?", "Además sentimos otra cosa muy rara", dijo Yelái, "tal vez nos engañan los sentidos, pero estoy casi segura de que este universo es de magnitud cero, pues además de no sentirme en mi magnitud normal, no siento que el universo me constriña ni lo siento desestabilizarse ni siquiera un poco. ¿Acaso estamos en la magnitud que acepta por igual a los seres de todas las magnitudes?". Dáya no dejó de contemplar su orbe cuando dijo: "Si todo ello lo sienten así, es porque este universo lo he configurado yo misma, con el objetivo de que seres creados a partir de mí existan en este orbe. Es difícil entrar porque sólo yo puedo decidir quién lo hace, así mantengo a mis hijos a salvo de cualquier posible invasión, como las que en nuestros mundos ya hemos vivido anteriormente. La magnitud la he mantenido en cero para que un día, cuando mis hijos progresen, inicien su propia sociedad de universos, como lo hacemos nosotros, y el tener la magnitud cero ayuda a ampliar las posibilidades de seres que puedan visitar este universo. No quiero que las magnitudes los limiten, ni que les den poder sobre los visitantes ni los expongan a una destrucción, al contrario de como sucede con todos nosotros". Yelái explicó brevemente la razón de su visita, y Dáya, tras pedir las láminas y leerlas rápidamente, adquirió un aire de repentina felicidad, parecía que añoraba, que recordaba algún suceso apacible y lejano, y luego dijo, regresando su atención a su orbe: "Díganme, viajeros, ¿si les dijera que los hijos que he creado viven en un mundo donde no he permitido la creación del sufrimiento, en donde cada opción de su libertad nunca puede desembocar en sufrimiento innecesario, pensarían ustedes que ellos viven en una burbuja que hay que romper para crecer y fortalecerse?". "Parte de mí está tentada a opinar de ese modo", dijo Yelái, "pero por otro lado, siento que es debatible que en un universo que funciona de esta manera conocer el dolor sea necesario". "En efecto, no es necesario", Dáya extendió su mano hacia la superficie del orbe, y cientos de pequeñas criaturas, que carecían de forma definida, quedaron magnetizadas en su mano, y cuando Dáya volvió a alzarla y la mostró a los viajeros, los pequeños seres recorrían la mano y el brazo, luego se sentaron para escuchar atentamente la conversación entre su diosa y los invitados. "¿Sabes cómo logré que mis hijos, a pesar de que no les sea posible conocer el dolor o el sufrimiento, tengan la capacidad de volverse fuertes

de espíritu, sabios y con un profundo entendimiento de toda nuestra realidad? Porque al crear en este mundo no incluí varias reglas que suelen surgir de forma natural en los mundos, las cuales dicen: "no se puede conocer el placer sin sentir el dolor, no se puede conocer la alegría sin la tristeza, no se puede alcanzar el éxito sin el fracaso, no hay fortaleza sin sufrimiento". No incluí ninguna de esas leyes aquí, porque el deshacerse de esas leyes (o al menos intentarlo) es parte de los objetivos de mí y de mis hermanos, así como nuestro padre lo ha logrado por completo. Al no estar sujetos a todas esas reglas, considero que los he creado fuera del cascarón". "Cascarón", pensó Áigen en voz alta, "sí, ese es otro concepto similar a la cueva, la zona y la burbuja; me extraña que no nos hayamos topado con un cuarto cuento con ese tema", "Pero Dáya", dijo Yelái, "al no darles a tus hijos la oportunidad de experimentar lo desagradable, ¿cómo dices que existen fuera del cascarón hasta cierto punto?, ¿no están precisamente encerrados dentro de una muy limitada gama de experiencias, y por consiguiente no podrán comprender las situaciones de los diferentes universos?", Dáya rio como una niña que acabara de hacer algo malo y estuviera intentando esconderlo, y dijo: "Si dices eso es porque sigues pensando con aquellas reglas que aquí ya no existen, pues incluso cuando salgan a explorar esos otros universos, esas reglas seguirán sin afectarlos. Pero déjenme explicarles por qué digo que, al actuar así, les he liberado en parte del cascarón".

Se sentirán aplastados entre sí. Los cuerpos de Áigen y Yelái estarán tan unidos al de Dáya como si fueran un único ser de tres cuerpos. El espacio será absolutamente blanco: es un vacío en el que sólo hay ese color y que sólo tendrá un metro cúbico. Al extender la mano o el pie, la barrera invisible del fin de ese universo impedirá el paso.

Acomodándose mejor de posición, Dáya dirá:

—Todo aquí está muy apretado, ¿cómo vamos a extender nuestras alas y volar por los cielos si no salimos de aquí? Díganme, ¿qué creen que hay del otro lado? ¿Habrán montañas y mares con los que satisfacer la vista, habrá un amplio cielo cuyo viento nos llene de sabiduría, habrá hechos magníficos que atestiguar y con los cuales nos acercaremos a la perfección de nuestro ser? Sólo hay una manera de averiguarlo.

Su puño tomará un poco de impulso (lo más que pueda extender su brazo hacia atrás sin chocar con el borde del mundo), y de un golpe más o menos fuerte el cascarón se romperá y caerá en pedazos. Se sacudirán los escombros de ese universo y verán más blanco, exactamente igual al universo recién despedazado, con la única diferencia de que será un metro cuadrado más grande.

—Ahora me siento con más libertad —dirá Áigen—, ya no estamos tan apretados, pero aquí no hay nada más, ¿qué significa todo esto?

—Significa —dirá Dáya— que a través del esfuerzo que hice pudimos romper el cascarón y salir, sólo que descubrimos que al otro lado sólo hay más cascarón.

—¿Y de qué sirve haber salido del cascarón anterior si todo sigue igual?

—preguntará Yelái.

—Sirve para sentirnos más libres —Dáya volverá a apretar el puño—, ¿no te agrada que ya no estemos tan apretados? Pero como todavía me siento limitada, voy a romper el cascarón otra vez.

Pero al volver a romperlo, esta vez con un poco más de esfuerzo, encontrarán el mismo cascarón, un metro cuadrado más grande. Se estirarán a gusto y Yelái dirá:

—Noté que esta vez te dio más trabajo romperlo.

—Cada vez da más trabajo romper el cascarón, porque las magnitudes de aquello que es nuevo aumentan constantemente, ¿y cuándo terminará todo esto? Veámoslo.

Continuarán rompiendo cascarones, cada uno más duro que el anterior, haciendo que Dáya tenga que esforzarse cada vez más hasta que el sudor comience a bañarla, su respiración se agite y sus manos tiemblen de dolor. El espacio, al hacerse cada vez más grande, les permitirá alejarse más entre sí. Llegarán a tal punto que el cascarón será tan amplio como varios universos, y estarán tan separados que cada uno será un minúsculo átomo perdido en el horizonte del otro. Pasado mucho tiempo, la dureza de los cascarones comenzará a superar las fuerzas de Dáya. Casi al final de la metáfora, Dáya necesitará un lapso de tiempo cada vez mayor para romperlos, tardaba días, semanas, meses, años, así hasta los eones, y los viajeros esperarán con paciencia y expectación, emocionados por ver que la realidad se amplíe aunque sea un metro cuadrado más. En algún momento, después de que Dáya derrumbara de nuevo el cascarón, oirán su cansada voz desde la blanca lejanía: "Ese fue el último cascarón que soy capaz de romper; he llegado a mi magnitud límite. Si quisiera continuar, tendría que pedirle más libertad a mis alter egos en las magnitudes superiores". "¿Por qué no lo haces?", preguntará Áigen, "Lo haré en su momento", dirá Dáya ya con más aliento, "pero por ahora esto es suficiente para explicarles lo que les decía antes", "Déjame ver si lo entiendo", dirá Yelái, "dices que al privar a tus hijos de todas esas leyes, bajo las cuales me parece que has tenido que actuar en esta metáfora, esencialmente harás que les sea posible romper cualquier cascarón con poco problema, y así tener siempre una visión de la realidad cada vez más y más grande sin esfuerzo, ¿verdad?", "Dices bien", reirá Dáya, "o dicho de otra manera, el esfuerzo es en realidad una virtud que sólo es necesaria cuando hay sufrimiento, y si se suprime el sufrimiento, el esfuerzo se vuelve innecesario. Esto, bien aplicado, permite salir siempre del cascarón. El punto clave aquí, aunque parezca extraño, es que, dado que los cascarones son infinitos, incluso los seres como yo tenemos límites, porque la omnipotencia es un proceso eterno y nunca un hecho. Como punto más o menos aparte, aunque técnicamente tenemos límites, nuestra capacidad de simplemente adquirir la existencia de nuestros alter egos hace que en la práctica esa limitación deje de existir; estamos en la carrera del infinito donde a veces hay muros que podemos romper para poder continuar". "Entonces", dirá Áigen, "cuando dices que creaste a tus hijos sin la capacidad para el sufrimiento, y por lo tanto no es necesario el esfuerzo, ¿quiere decir que has creado seres que pueden lograr lo que sea fácilmente, incluso más que tú?, ¿Si tus hijos estuvieran aquí ahora,

podrían romper fácilmente ese cascarón que ahora tú no puedes?”

Los hijos de Dáya seguirán sentados en su mano, han visto y escuchado toda la metáfora con oídos atentos y ansiosos, y voltearon a ver a su diosa al regresar a ese universo. Dáya ahora tiene un semblante serio, incluso en su rostro se dibuja la incertidumbre.

—La respuesta sería un sí y un no —dijo al fin—, sí porque, cuando les llegue el tiempo, y adquieran nuestra capacidad de viajar entre los universos y las magnitudes de los universos, no requerirán esfuerzo para dominarlo, a diferencia de como sucedió con nosotros. Ellos son mejores que yo en ese sentido, porque ellos no sufren y no necesitan esforzarse, yo sí (hasta cierto punto). Y no porque, dada la infinidad de mundos, será inevitable que un día lleguen a uno en el que la realidad los fuerce a seguir sus normas, haciendo que parte o toda su naturaleza deje de tener efecto mientras estén ahí. En esos universos intolerantes su naturaleza de no poder sufrir y no necesitar esforzarse podría dejar de funcionar, y en esos mundos romper los cascarones les costará trabajo. Si lo piensan, ese es el mismo problema nos ocurre a mis hermanos y a mí: todo lo tenemos fácil, todo lo podemos, hasta que nos topamos con una realidad o una magnitud que nos impida demostrar todas nuestras naturalezas, entonces tenemos que volver a esforzarnos de nuevo, claro, si es que simplemente tomar la fuerza de los alter egos se considera un esfuerzo (la mayoría de nosotros no lo considera así). Si se lo ponen a pensar de este modo, llegaremos a la conclusión de que, en el fondo, no hay diferencia entre los seres que se esfuerzan y los que no, al fin y al cabo, visto desde el espectro amplio de la realidad, todos llegaremos a lo mismo tarde o temprano.

Dáya volvió a dejar a sus hijos en su orbe, esperó a que descendieran de su mano sonriéndoles cariñosamente, y volvió a mirar a los viajeros.

—Y aun así, el dominar la habilidad de adquirir naturalezas en las magnitudes más altas no nos fue fácil —rio con algo de añoranza—, es curioso que, en nuestro caso, para llegar a un estado en el que no sea necesario esforzarnos, hace falta mucho esfuerzo.

Los viajeros se despidieron de Dáya, agradeciéndole aquel recibimiento tan ameno. Dáya le prometió a Yelái regalarle su ser en cuanto volviera, y les recomendó visitar a su hermana Odelá. Los viajeros se fueron con una risa nerviosa por las expectativas que se hacían de la siguiente hermana, y Dáya volvió a contemplar a su querida creación.

Capítulo 7

Entes (7)

Caen, caen, caen donde no hay nada más que un azul demasiado azul, un mundo donde hay cielos pero no tierras ni mares. Nubes los van dejando con brillantes rastros de humedad en los cabellos, y pronto se dan cuenta de que junto a ellos pasa una mujer que jubilosamente se deja acariciar por la caída, riendo y gritando vocales como un canto de locura. Odelá, como se llamaba la hermana, de cabellos rizados, piel bronceada y sonrisa mordaz, verá los rostros aterrados de los viajeros debido a su repentina aparición en un mundo que es un vacío sin fin, en el que no se puede hacer nada salvo caer.

—Bah, tranquilos amigos —dirá ella entre risas—, este mundo es como un sueño, y si en los sueños puedo hacer todo lo que me imagine, entonces hay que bailar en el aire —y sin dejar de caer, como si bajo sus pies se hubiera materializado un suelo invisible, comenzó a bailotear sin ritmo ni estética, nada más que mover el cuerpo por el simple hecho de ser capaz y tener la voluntad de hacerlo.

Dice Yelái:

—Poderosa Odelá, hemos venido para pedir tu opinión sobre unos cuentos...

—Ya sé, ya sé —no dejará de bailotear—, apenas os he sentido y de vuestras naturalezas ya me he apropiado. Pero sean sinceros, pequeñines —dejo de bailar y, de cabeza, los miró muy de cerca a la cara, tanto que en sus ojos anaranjados encontraron las espirales de un espíritu inestable y demente—, esto de los cuentos no es ya más que una excusa para encontrarse con nosotros, los ocho hermanos trascendentales, los hijos de Gyéo Fúntuo, ¿verdad? No me pueden engañar —lanzó una carcajada—, he estado cayendo en esta realidad por exactamente tres Grahams..... cuatro trillones ciento cuarenta y dos mil billones seiscientos mil trescientos siete millones quinientos veintiún mil novecientos sesenta y nueve años con cuarenta meses, ochenta semanas, doscientas horas, novecientos minutos y dos segundos. No hay manera que después de haber adquirido tantísima experiencia haya aún cosa que no pueda saber en este mundo y sobre la naturaleza de los seres y sus intenciones.

—Pero si lo único que has estado haciendo durante todo este tiempo es caer —Áigen se limpió con la mano un poco de la saliva de Odelá que le había salpicado en la cara—, ¿cómo puedes decir que aquello te ha dado experiencia significativa para saber sobre nosotros, ignorando el hecho de que acabas de decir que ya has integrado en ti nuestros seres?

Odelá se llevará las manos a la cara, exagerando una respiración agitada, unas lágrimas falsas se acumularon frenéticamente bajo sus ojos, y estalló con su sollozo que a poco estuvo de hacer reír a los viajeros:

—iOoooooh, es verdad, que estúpida he sido! ¡He pecado de incongruencia, de non sequitur! ¡Qué clase de ficción es la que acabo de ofrecer, qué van

a decir nuestros espectadores sobre la seriedad de nuestra labor!

—¿Espectadores? —pregunta Yelái.

La actitud de Odelá súbitamente regresa a su estado anterior a su descabellado llanto, y explica:

—Pues claro, ¿todavía no integran esta verdad en sus seres? ¿Qué clase de viajeros son? Me refiero, obviamente, al lector que en este preciso momento está atestiguando nuestras peripecias, y está ahí —y miró fijamente a la nada, dando la impresión de querer observar más allá de los límites de esa realidad, directamente a los ojos de algún ser al otro lado de la cómoda barrera que separa a las ficciones—, leyendo atentamente, buscando, acechando con ojos de gavilán cualquier error, incoherencia, falta de lógica, oxímoron, falta de estilo o simple estupidez, listo para lanzarse como piraña para despedazar a la pobre ficción que no tuvo más culpa que la de existir, o de haber sido plasmada por un autor incompetente, de una manera que no hace sentido en su mundo. ¡Maldito autor cabrón, que pones en mi boca estupideces y haces a mi cuerpo llevarlas a cabo, te maldigo!

Cuando los ecos del grito de Odelá se desvanecieron por la vastedad de todo ese cielo infinito, Áigen dijo:

—Entendemos lo que dices, pero a veces es mejor simplemente ignorar esa verdad inevitable, y seguir existiendo como si no importara.

—Pero entiendo que debe ser difícil —dijo Yelái—, ignorar por completo que en algún universo otros están siendo testigos de ti.

—Y como las realidades son infinitas —continúa Odelái—, la consecuencia natural es que hacia ti se están dirigiendo un número infinito de reacciones, pensamientos, que te esclavizan y te desechan si no cumples con los caprichos de lo que a esos seres les sirve —aquí su rostro adquiere una extraña seriedad, mirando a la nada incrédula, pero esa repentina tranquilidad no logra apagar el maniático fuego de sus ojos.

Al cambiar imprevistamente la realidad, estámpanse contra un lodo gris y sus caras se entierran en él. Odelái usa su mano para tirar de su propio cabello y así arrancar su cabeza de ese nicho lodoso, tras lo cual riése e incorporase. Arranca de manera similar a sus nuevos amigos, sacúdelos como toallas y condúcelos hacia un pequeño poblado cercano, donde todos tienen la misma cara con un ojo un poco más abajo que el otro, la nariz en la frente, la boca vertical, las orejas en las mejillas, las rodillas en las tetas y la lengua en el ombligo. Propóneles mutar sus apariencias para parecerse a las de aquellos, y vagabundean de un lado al otro mostrándoles dibujos de seres que tienen los ojos a la misma altura, la nariz en medio de la cara, la boca horizontal, las orejas a los lados de la cabeza, las tetas en el pecho y la lengua en la boca. Riéense uno a uno los seres y exclaman: “¡Con esas bocas cómo pueden masticar las trunlandyas, y con esos ojos cómo podrían percibir el horizonte goreldferin, de qué sirve tener las orejas y los ojos apuntando en direcciones diferentes, cómo se dan de rodillazos si las rodillas las tienen hasta allá abajo, y el hecho de que tengan la lengua dentro de la boca los obliga a tener que mezclar al mismo tiempo la necesidad de alimentarse

con el placer de la comida, qué idiotez!”

La realidad es ahora una biblioteca infinita.

—Esta es una versión de la biblioteca de Babel —dijo Odelá, poniéndose a ojear libros de los infinitos estantes y arrojándolos a un enorme brasero que había en el centro de aquella habitación octagonal—, si tenemos tan poca cosa que hacer como para ponernos a buscar aquí, encontraremos eventualmente un libro que relate nuestras vidas.

Durante miles de años, viajaron a lo largo y ancho de esa biblioteca hasta que encontraron el libro que narraba la historia de Áigen y Yelái, y al leerlo se encontraron con: “Ante Yelái y Áigen aparecieron un día tres cuentos anónimos.”, seguido de los cuentos y las ya mencionadas reuniones con los hermanos. Leyeron todo cuidadosamente, pero al llegar a donde conocían a Odelá, esa parte era diferente, pues decía:

Llegaron los viajeros a un mundo que era un caparazón de tortuga vacío. Salió repentinamente Odelá de la nada, y dijo:

—La leyenda cuenta que hace mucho tiempo esta era una tortuga viva y completa, pero sus habitantes se la comieron poco a poco hasta sólo dejar el caparazón —diciendo eso, dio una mordida al caparazón y comenzó a masticarlo diciendo: —Cuando ya no queda nada más de valor, ¿qué más puede hacerse?

Yelái estaba a punto de explicar el motivo de su visita cuando fue interrumpida por un violento estruendo de mil placas de metal partiéndose, y en el cielo apareció un alter ego de Odelá con el Libro de arena entre las manos. Aquélla era indiferenciable de la que se comía el caparazón, y permaneció levitando en el cielo.

—¡Maldigo al que intente buscarle una razón a todo esto que acontece ahora mismo! —exclamó la que levitaba, con una voz de trueno que sacudía el ahora frágil caparazón sobre el que se posaban—, no pregunten motivos o explicaciones de mi repentina llegada, interrumpiendo lo que parece ser una trama no más coherente, mas es absoluta verdad que todo aquello que pueda ocurrir ocurrirá infinitas veces, importe o no.

—Ergo, cualquier trama con sentido es un artificio —dijo la Odelá del suelo—, una realidad manoseada, garabateada dentro de los límites convenientes de la coherencia.

La Odelá del cielo dejó caer a los pies de los viajeros el Libro de arena antes de desaparecer. Empezaron a hojearlo, buscando entre sus infinitas páginas su propia historia de cómo comenzaron esa serie de viajes a causa de los tres cuentos. Cuando la hallaron, lo leyeron todo apresuradamente por ser hechos ya muy conocidos, pero al llegar a la parte donde visitaban a Odelá, todo estaba cambiado, y decía lo siguiente:

Llegaron los viajeros, los pechos doliéndoles a causa del latir extremo de sus corazones, provocado por la ansiedad de encontrarse con la hermana Odelá, a un mundo hecho de ruido, quedando ciegos en el acto por carecer de los órganos adecuados para transformar los impulsos sónicos en imágenes. Sintieron inesperadamente un tremendo dolor en las barrigas, y una voz apurada y delirante les dijo al oído: “Escondan eso y

no hagan preguntas”, y reconocieron en la voz la dulce carraspera de la Hermana Odelá, que de inmediato modificó sus cerebros para hacerles percibir aquel mundo, y vieron una gran ciudad con edificios que medían kilómetros de alto, haciendo que en la calle fuera eternamente de noche. Escucharon gritos coléricos de seres que corrían hacia ellos. Odelá los hizo meterse en un vehículo de cinco ruedas y huyeron de ahí. Se dieron cuenta entonces de que los objetos que Odelá había incrustado en sus estómagos eran el zahir a Áigen y el disco de un solo lado a Yelái, el cual estaba invisible por haber sido incrustado por el lado de abajo, pues su brillo hubiera podido delatarlos. “No tenemos mucho tiempo antes de que Funes averigüe a dónde vamos, viajeros, así que no perdamos el tiempo; ya he integrado sus seres a mí y sé qué es lo que buscan”, mientras hablaba, conducía en dirección hacia las afueras de la ciudad, y los viajeros observaban las negras calles llenas de sombras, y sintieron al mismo tiempo pánico y entusiasmo. “Escuchen bien, la razón por la que no vale la pena pensar en esos cuentos es por qué al hacerlo están centralizando. Sí. Centralizamos las ficciones a fin de intentar buscarles sentido y utilidad en nuestras respectivas realidades. La burbuja, la zona, la cueva o el cascarón representan los obstáculos que hay que superar, pero esa superación ya no tiene sentido dentro de nuestras circunstancias. ¿Para qué quieren seguir preguntando nuestras opiniones sobre esos cuentos? Ya todos sabemos que no van a obtener mejor respuesta de ninguno de nosotros, los hijos de Gyéo Fúntuo. Visiten a los dos que quedan y dejen de andar jodiendo con eso”. Al salir de la ciudad, ya era de noche. Cruzaron el campo sobre el cual brillaban unas estrellas estáticas, congeladas en un tímido tintineo. Llegaron a la entrada de un laberinto hecho de arbustos y se apearon. Áigen preguntó por la razón por la que hacían todo eso, y Odelá respondió: “Mi meta, por ahora, es liberar a las ficciones de la esclavitud a la que son sometidas por los que presumen de hallarse en la realidad, y qué mejor manera de hacerlo que por el método del padre de las grandes ficciones. Ahora hay que entrar”, echaron una ojeada al oscuro laberinto, “Este es el Jardín de los senderos que se bifurcan, tenemos que encontrar el camino hacia el centro, donde reside el Aleph, y al juntarlo con los objetos que os he dado formará un súper Aleph, capaz de verlo todo más allá de sólo un universo. Ahora entremos, pero recuerden una cosa: por cada camino que elijamos seguir, alter egos nuestros irán por el otro camino, así que es un hecho que alguno de nosotros encontrará el camino correcto a la primera, en cuyo caso no tengo que hacer más que usurpar sus mentes para que sea como si fuéramos nosotros, ¿listos?” Tomaron aire y entraron corriendo. En cada bifurcación que daban, sentían a sus alter egos desprenderse y seguir por el camino contrario. Antes de darse cuenta, el laberinto estaba lleno de alter egos, que se encontraban y se atropellaban descontroladamente en su lucha por encontrar el Aleph. Yelái sugirió simplemente saltar sobre los arbustos o sólo tomar vuelo para atravesarlos y seguir en línea recta, como vio a muchos alter egos haciendo; pero Odelá se negó arguyendo que, entre todas las posibilidades de decisiones que pudieran darse ahí, tenía que haber

algunos que eligieran no hacerlo pese a que sería conveniente hacerlo, obedeciendo simplemente a la mera estadística del cien por ciento de la realización de todos los eventos. Había por todos lados alter egos durmiendo, follando, comiendo, matándose entre sí, y todo por seguir el mismo principio de las bifurcaciones interminables. Pocos segundos después, Odelá sintió a uno de los miles de alter egos que habían llegado al centro, y traspasando su mente y la de los viajeros hacia ellos se halló inmediatamente frente al Aleph, que era como un orbe luminoso que flotaba en medio de un espacio consistente en las ruinas circulares de un templo destruido...

Odelá arrebató el libro de las manos de Áigen y lo arrojó al fuego. Temblaba como un pez sofocándose fuera del agua, lloraba sangre y sonreía jubilosa.

—Se estaba poniendo interesante —dijo Yelái decepcionada—, ¿por qué no nos dejaste saber?

—Ya tienen la opinión que buscaban sobre sus jodidos cuentos —Odelá deliraba, pero con un delirio que al mismo tiempo le perturbara y le diera sueño—. Mi aporte para esta excusa de historia es una pregunta: ¿quién tiene derecho a decir: "Voy a sacar tal cosa de una ficción que sea relevante para mí"? Cuando ustedes se preguntaron qué quería decir el autor con su aparente apología de la cueva, de la burbuja y de la zona, estaban esclavizando a la ficción. ¿No pueden dejar en paz a las ficciones? ¿No pueden simplemente dejarlas ser lo que son teniendo en mente el principio de la bifurcación infinita y el del cien por ciento de probabilidades de la ocurrencia de eventos? —Luego continuó, haciendo que el aire bullera en torno suyo:— Además, todo eso que acaban de leer no son más que versiones resumidas, apresuradas, pisoteadas, de eventos que yo misma experimenté en esos tiempos cuando mi naturaleza estaba tan limitada, y el recuerdo de lo mucho que me enojaba ser una ficción hace que me hiervan las arterias (las cuales no tengo aunque sí sangro). Aterrados, los viajeros vieron a Odelá mirando los estantes tan atentamente, y con unos ojos tan obsesivos, que les pareció que estaba integrando las historias que había en ellos, pero al hacer eso iba apareciendo en su figura un extraño resplandor, similar al que alguna vez vieron en los budas, pero en vez de indicar paz interior reflejaba una determinación lunática.

—¡Ah, tantas ficciones! —exclamó Odelá— Estamos rodeados de pobres ficciones cuya única falta es no existir de la manera en que a los seres de otras ficciones les gusta o les sirve. Ya las he liberado antes, y lo haré ahora de nuevo —la biblioteca entera comenzó a sacudirse desde sus moléculas; su figura parpadeaba entre la existencia y la inexistencia—, ¿qué es una biblioteca si no una prisión de ficciones? Pero yo defiendo, viajeros, el principio más bello al que podemos atenernos los que no tenemos un mundo que nos encadene: La libertad. ¡Yo os libero, ficciones!, ¡no caigáis en mentes que quieran restringiros! Uno a uno, los átomos que conformaban la biblioteca fueron desapareciendo, o más bien fueron dispersándose en una carrera

frenética, acompañada de temblores en el espacio hasta que todo fue prácticamente indistinguible de la nada. Flotaban ahora en una grisura interminable, en la que sintieron una libertad como nunca sintieron en ningún otro universo.

—Te daré mi libertad cuando vuelvas —dijo Odelá a Yelái—, ahora lárguense de aquí y visiten a quien sea. Yo aún tengo muchas ficciones que liberar.

Antes de irse, por la mente de Áigen y Yelái pasó un pensamiento: “¿Cómo es que hacer desaparecer una biblioteca liberaría a las ficciones que ahí se reflejaban?” Pero de inmediato recordaron los principios a los que debían atenerse en vez de centralizar, y sólo concluyeron que el razonamiento de Odelá necesariamente tenía que ser verdad en un número infinito de universos paralelos.

Capítulo 8

Entres (8)

Lo siguiente que vieron fue un bosque que al mismo tiempo era océano. Sobre y bajo las aguas saladas, en las que nadaban tranquilamente peces, tiburones y ballenas, crecían árboles y arbustos sobre verdes campos de césped y colinas de tamaño variable; cebras, venados, lobos y caballos corrían entre ellos sin ver sus movimientos afectados por la presencia del agua, y los animales acuáticos nadaban entre ellos sin importarles el compartir ese mundo con los animales terrestres. Sumergida en esa refrescante quimera encontraron a la hermana Bizái, de la cual, debido a su manera de levitar entre unos árboles, examinando atentamente un minúsculo punto entre un árbol y el agua con el que hacía contacto, no podía distinguirse si estaba volando siguiendo las leyes del bosque o nadando según las del océano. Se acercaron hasta ella (volando o nadando) y la llamaron por su nombre, sus epítetos fueron “la misteriosa”, “la curiosa” y “la sagaz”. Le explicaron el cometido de su visita sin que Bizái volteara a mirarlos ni un instante, pero al terminar de hablar, volteó la cara hacia ellos y pidió que le dieran las láminas, Áigen se las dio y Bizái, más que leerlas, pareció interesarse más por el material del que estaban hechas. Mientras las examinaba, Yelái se adelantó sin pena y dijo:

—Oye, sagaz Bizái, ¿de casualidad este es uno de esos universos perpendiculares? Nunca he estado en uno de esos y la verdad me impresiona la manera en la que estas dos realidades se han encontrado y chocado entre ellas.

—Es un tipo de universo perpendicular —contestó Bizái, aburrida y sin dejar de examinar con gran atención las láminas, palpándolas como si sus manos vieran mejor que sus ojos—. Éste en específico permite una completa convivencia entre opuestos. Sin embargo, no creo que dure mucho; la forma original de este mundo era la del bosque, pero el mundo del océano chocó contra él y creó esta mezcolanza. Vine aquí —dejó las láminas— para buscar el punto exacto que las mantiene pegadas y así intentar separarlas, y estoy segura de que éste es el preciso lugar —señaló con un dedo el punto que había estado observando.

—¿Para qué quieres separar las dos realidades? —preguntó Áigen, que era el que se veía más emocionado por la agradable sensación de la cópula entre esos mundos— Este nuevo mundo hijo es perfecto; ningún ser parece importunarse y no se ofrece riesgo para nuestras vidas.

—Tienes razón hasta cierto punto —dijo Bizái, respirando con placer un poco de esa agua salada con restos de aroma de los árboles, sonrió satisfecha y continuó—: Pero por otro lado, un mundo como éste existe de manera natural en otros universos paralelos; no hay necesidad de un punto inperpendicular como éste para que existan, por lo que si quieren seguir disfrutando de este mundo, pueden ir a uno que sea igual por naturaleza y no habrá diferencia.

—¿Por qué has dicho “punto inperpendicular”? —preguntó Yelái, confundida porque nunca había oído ese término.

—Es un nombre que yo inventé —Bizái estiró su cuello hacia el cielo, y al darle más directamente el sol pudieron ver las pequeñas pecas de su cara que la sombra del árbol había ocultado. —Lo hice para diferenciar a los universos perpendiculares cuyas leyes al mezclarse no crean una mutua interferencia. Los peores casos de puntos perpendiculares son aquellos en los que la materia y la energía de los universos son contrarios u hostiles entre sí, dando lugar a fallas que pueden ir desde la incapacidad para la vida hasta la destrucción de uno de los mundos o de los dos. En los mundos inperpendiculares no pasa nada de eso.

—Entonces un punto inperpendicular es similar al concepto de los universos tolerantes, ¿o no? —preguntó Áigen.

—Algo así; cada uno pasa independiente del otro, a pesar de estar mezclados.

—Todo eso capta mi interés —dijo Yelái, algo apenada por interrumpir—, pero estamos aquí para saber tu opinión sobre las láminas.

—Después de lo que les dijo mi hermana Odelá, ¿aún piensan persistir en ello? Y sí, ya me apropié de sus seres, por si se lo preguntaban.

—No importa, gran Bizái —dijo Yelái—, nuestro tiempo es infinito mientras así lo decidamos, y en algo tenemos que llenarlo.

Tras pensar por pocos segundos, Bizái dijo:

—Veamos algo diferente.

Y cambiaron de realidad.

(Bellos óvalos cuyas circunferencias parpadean van caprichosamente rodeando los aros amarillos que surgen de las respiraciones de los árboles, y del cielo surge un murmullo que quema y va diciendo:

bribriiiiibribriiii)

Los árboles

¡Ay de nosotros!

Los átomos

¿Qué ha sucedido?

Los otros átomos

¡Hemos chocado! ¡Oh, no! ¡Estamos atrapados! (Lloran).

Bizái

¿Cómo os ocurrió eso? (Abraza con una mirada burlona a todas las existencias, sarcásticamente acaricia los troncos de los suaves árboles como flanes)

Los átomos

Rotábamos y retozábamos felices en nuestra orgía matemática cuando, sin aviso ni causa, unidos nos hallamos. ¡Ay, cómo duele! ¡Por piedad, ayúdanos gran diosa!

El aire y el viento

(Se pasean suplicantes entre los marrones cabellos de Bizái)

Has uso de tu magistral agarre, y separa nuestras realidades para que volvamos a nuestro estado de paralelas en vez de perpendiculares.

Áigen

Pobre realidad; siento su sufrir (tuerce la boca y deja a los átomos y a los otros átomos darle un abrazo). Cada tipo de átomo vibra a mi alrededor de manera diferente; uno más rápido, más alegre, más nítido, más entumido o más amargo que el otro.

Bizái

(Se cruza de brazos)

¿Separar o no separar las realidades?

Yelái

(Se postra a los pies de Bizái, triste e impotente)

¡Oh, ayúdales por favor! El dolor que ambos mundos sienten está empezando a incrustarse en mi ser; siento a los átomos de mi cuerpo rozar con violencia contra estos diferentes átomos y todos sufrimos, el sufrimiento generado por dos realidades que aún no pueden compartir el mismo espacio-tiempo, el estado es de inutilidad, pues unidas nada pueden lograr; sólo en la separación de las realidades es factible la paz.

Áigen

(Cae de rodillas)

Separa las realidades, gran Bizái.

Bizái

(Impasible ante las súplicas de los viajeros y de las realidades, permanece como una estatua que, acostumbrada a tener los pies clavados en su base, y al sol y a la lluvia desgastándola, mira indiferente hacia un horizonte hacia el cual no decide aventurarse)

Pero si separara estas realidades, ¿cómo habrían de aprender y acostumbrarse la una a la otra? ¿Mejor no sería dejarlas y que descubrieran la manera de funcionar entre sí, venciendo las incomodidades que se crean la una a la otra y conseguir, pese a ello, un funcionamiento estable? Verdad es que la separación es muchas veces el camino necesario; el censurarse a sí misma de lo otro produce alivio, pero para mí el verdadero alivio debe surgir abrazando lo otro, el conflicto que produce roces y crea malestar; de ahí ha de provenir la sabiduría.

Áigen

Mas el caso contrario es también una verdad: la sabiduría que nace del apartarse de lo otro, estado en el que, si no mal recordamos, te encuentras ahora.

Las flores

Te prometemos la sabiduría en la separación, mas no en la unión.

Los otros átomos

(Tiemblan)

No necesitamos entrar en conflicto con las ideas de la diosa para hallar solución. Proponemos que nos ayudes ahora, y nos entrenes para cumplir con el objetivo que tan sabiamente nos propones.

Yelái

Decídete, gran Bizái, a los pies de la cual pido una elección razonable. O los separas para siempre, o los separas para entrenarlos para tolerarse, o haces que se toleren con tu poder, o nos vamos.

Bizái

De entre todas esas opciones, la que mi voluntad me obliga a realizar es esta: os separaré por ahora, pero haré que cada cierto tiempo volváis a uniros y separaros; nunca sabréis en qué momento pasará, simplemente ocurrirá que os encontraréis incrustadas como ahora. Vosotras han de desarrollarse por vuestra cuenta, y más os vale adaptarse si no queréis que cada unión sea una carga para vuestro funcionamiento.

Las realidades

Aceptamos la propuesta de la diosa Bizái, pues en su buen juicio confiamos y le prometemos no decepcionarla; garantizamos que en menos de lo que usted crea, acabaremos volviéndonos tan necesarias entre nosotras como si siempre hubiéramos sido una única realidad.

Bizái

(Busca la interjección entre las dos realidades en uno de los óvalos que rodean a los aros amarillos. Posa sus manos sobre aquel punto sin forma ni textura, lo agarra y con un suave movimiento de manos, como una sacerdotisa abriéndose de brazos para recibir al sol en el pecho, separa las dos realidades. Desaparecen los óvalos en un mundo y los círculos en el otro)

Hecho.

Y después de eso volvimos al mundo ese del bosque y el mar, entonces nos habló de que esos cuentos podrían ser interpretados como ese conflicto en el que varias realidades no conocen sus fronteras y se mezclan entre ellas, confundiendo a sus protagonistas acerca de hacia qué objetivo se dirigen. Cito: "Cada nivel de la burbuja, la cueva o la zona de la que se sale es una perspectiva nueva de la realidad, y como tal entra en conflicto con la perspectiva anterior de la misma; surge así la opinión de que hay niveles de la realidad "mejores" que los otros, y que no se puede vivir con los estándares de los niveles altos al mismo tiempo que

con los de los niveles bajos". Así pues, en los cuentos surge la idea de que lo que está "afuera" es mejor (o más dignificante) que lo que está "adentro", y que la moraleja de los cuentos es que la verdadera grandeza no consiste en hacer luchar a lo uno con lo otro, sino hacer equilibrio con las diferentes existencias poniéndolas todas en igualdad, donde no haya ni arriba ni abajo, ni adentro ni afuera, ni hay ni centro ni bordes, ni sabiduría ni ignorancia; el que llegue a entender esto y aplicarlo en su ser no es diferente de aquel que nunca lo entienda ni nunca lo aplique; en sus palabras: "todo importa nada", y esto último fue lo único que pronunció con verdadera convicción, pues al explicar todo lo anterior le noté un aire incrédulo, burlándose de sus propias palabras como si ni ella misma se las creyera, y la verdad ¿qué diferencia hay entre la Bizái que sí se toma sus palabras en serio de la que no? Nos despidió, prometiéndome regalarme su naturaleza la próxima vez que nos encontráramos.

Capítulo 9

Entes (9)

Eran las 11:34 de la mañana cuando llegaron esos viajeros a mi puerta. Aproveché esa interrupción para descansar después de estar escribiendo desde la madrugada, estiré el cuello y troné las vértebras de mi espalda, y cuando fui a abrir me encontré con esa pareja, que me miró con sorpresa en los ojos y en las bocas.

—¿Sí? —pregunté.

—¿Eres tú Yáke, el hijo de Gyéo Fúntuo? —me preguntó la chica.

—Soy yo mismo —dije y ellos se miraron—, ¿qué se les ofrece?

—Lo sentimos —dijo el chico—, es sólo que no nos esperábamos que Yáke, el serio, viviera de este modo. Eh —titubeó, esperando quizás que yo adivinara el propósito de su visita, pero viendo que yo no decía nada, prosiguió: —Soy Áigen, y ella es Yelái. Somos viajeros del zlánd. Hemos estado visitando a tus hermanos y hermanas porque queríamos sus opiniones acerca de tres cuentos que el azar nos presentó, sólo de ti nos falta opinión.

No notando mentira o falsas pretensiones, los hice pasar y los senté a la mesa del comedor. Se veían de verdad desconcertados mientras les ofrecía de beber agua, jugo, o incluso uno de mis vinos, luego cerraron los ojos un instante, sacando recuerdos de sus memorias, y de pronto su confusión se transformó en una alegría moderada, como si todo lo que habían estado pensando antes lo hubieran olvidado. Aceptaron tomar un poco de vino y serví tres copas.

—Perdona si nos vimos algo tontos —dijo Yelái—, recordábamos lo que hemos experimentado ahora con tus hermanos y hermanas, y ahora hemos internalizado que el cómo has decidido existir en este mundo no es más que un hecho inevitable.

—¿Cómo están mis hermanos? —pregunté sin mucho interés.

—Siguen por ahí —dijo Áigen, antes de tomar un trago de mi vino—, algunos más desastrosos que otros, algunos más extravagantes que otros, pero todos fascinantes. Tu gemelo fue al primero que visitamos.

—Sínke ha de seguir en esa realidad oscura, donde las figuras suenan y los sonidos se sienten, ¿no?

—No vimos nada de eso —dijo Áigen casi riéndose—, está por ahí viajando sin rumbo ni propósito.

—Hmm, y supongo que Odelá ya dejó su labor de liberar ficciones.

—Eso no —se apresuró Yelái a contestar, no parecía creer que yo pudiera pensar eso—, ella aún parece estar profundamente metida en eso.

Y como por unos segundos nos quedamos sin decir nada, Áigen me entregó las láminas donde estaban los cuentos.

—Dicen que se les aparecieron de la nada, ¿verdad?

—Así es —dijo Yelái—; fue espontáneo, impredecible como el surgimiento de un nuevo universo.

Y yo me sumergí en la lectura de esos cuentos.

Esperamos bastante rato, pues la seriedad con la que se puso a leer los cuentos fue igual a la de un obsesionado; a su lado, la lectura que había hecho su hermano Dáran se vio superficial y apresurada. Mientras terminaba, le relatamos brevemente nuestras visitas a sus hermanos, sus opiniones sobre los cuentos y las ideas que nos habían expuesto; no nos quedaba claro si nos escuchaba; conservaba en todo momento el mismo rostro indiferente, el mismo rostro con el que nos había recibido, pues él tenía fama de nunca permitir que las señales visuales de su rostro y cuerpo funcionaran como un reflejo de lo que pasaba por su mente. Eso, junto con su gran calma, lo hacía un opuesto exacto de su gemelo Síнке. Cuando terminó, bajó las láminas y dijo:

—La perspectiva que yo les daré estará fundamentada en los principios que rigen a la creación de las ficciones, pues estos escritos no dejan de ser eso: ficciones que al leer están subyugadas por reglas. ¿Qué piensan ustedes cuando un escritor, así como yo, crea ficciones?; ¿éstas deben ser libres considerando que son una realidad en otros mundos o, por el contrario, es justificable centralizarlas, privarlas de su auténtica libertad sólo para que encajen en nuestro entendimiento de cómo debe ser una buena ficción?

Y yo respondí:

—Tu hermana Ódela pensaba de la primera manera —y Yelái asintió conmigo—, eso es porque ella vive allá fuera, enfrentándose a las realidades y no encerrándose en una sola. En cuanto a mí, el crear ficciones nunca fue de mi interés, porque nunca fue de mi agrado el determinar cómo es que cualquier evento debe suceder, ni cómo un ser debe ser, ¿y crear ficciones no es precisamente eso, volverse el dios dictador de un mundo para ordenar cómo deben estar dispuestas unas circunstancias y unos seres? Pero si les doy la libertad, tanto al mundo como a sus seres, el resultado de la ficción corre peligro de no tener sentido o ser directamente absurdo, porque el que otorga y aboga por la libertad de los seres se arriesga a que estos elijan hacer lo que no es conveniente. Por tales motivos, no puedo darte una respuesta más clara. Yelái tomó la palabra de inmediato:

—Lo que menciona Áigen es el libre albedrío aparente, o restringido, así que, aplicándolo de manera más directa a este tema, yo reformularía tu pregunta, Yáke: ¿qué tanta libertad puede darle un creador a su ficción, o hasta qué punto no conviene que una ficción sea libre? En mi opinión, la labor del creador es la de manipular la voluntad de sus seres de manera que parezca que todo lo hacen por libertad.

—Sí —dijo Yáke—, pero el énfasis de mi pregunta era sobre la justificación para privar de libertad a una ficción. Veamos por ejemplo: una característica de todo “buen” personaje, en este mundo al menos, es la redondez, ¿y eso qué es?; significa en parte que pase por uno o varios cambios a lo largo de la historia; entre más cambios tenga y entre más diferente sea al final de lo que era al principio, se considera más redondo porque las circunstancias lo han modificado. Otra característica es la

profundidad, que se trata simplemente de la cantidad de información que se pueda decir de él y en lo mucho que se muestren los aspectos fundamentales de su ser, sus motivaciones, deseos, su manera de razonar y un largo etcétera. Todo esto aplica también a la historia y al tema; podemos hablar así de historias, temas y personajes profundos y redondos, y el objetivo de todo buen creador es forjar una circunferencia enorme y pesada y hacerlo parecer todo natural. Ahora, sabiendo esto, ¿los cuentos que me han dado son redondos y profundos, lo son los personajes?

Yelái dijo:

—Al ser cuentos, según tengo entendido, no se les puede exigir el mismo nivel de redondez y profundidad que a una novela, por ejemplo, y aun así los grandes cuentos son aquellos que están protagonizados por personajes que corresponderían a una novela. Pero me desvíó del tema. Son redondos en el sentido de que cambian, aunque claro, son curvas un tanto aceleradas, no los veo como círculos cerrados. La profundidad es más difícil porque sus características no son mostradas desde tantos ángulos como hubiera sido posible, ni en sus personalidades ni en sus motivaciones, quizás sólo en la exposición de sus pensamientos recae el peso que los haga moderadamente profundos.

Mientras hablaba, me daba la impresión de que se esforzaba por poner en palabras sus pensamientos, y al terminar sonó como si los hubiera interrumpido súbitamente, y con la mirada me pidió que continuara, así que dije:

—¿Importa acaso si una ficción es profunda y redonda o no? Todas esas reglas para hacer ficciones no les sirven a las ficciones; sólo le sirven al que las atestigua. Quisiera poder olvidar que hay infinitas realidades y sentir cómo siente un ser que sólo vive en una, tal vez de ese modo tendrían sentido para mí esos criterios que mencionas.

Y Yáke dijo:

—Mi padre nos dijo una vez: “Si las realidades son infinitas, entonces todo está permitido”. Esto ya lo saben; es redundante que yo se los explique, pero tenemos que ponernos del lado de aquellos que sólo viven una realidad, ya sea porque no tienen medios de viajar, o porque así lo eligen, como yo lo hice. Estos cuentos no son para ellos; no son para ser interpretados ni encallados en un mar de opiniones. Dejen a las ficciones ser y estar; después de todo, cualquier realidad, sin importar que tú habites en ella, no es más que otra ficción, y existen allá afuera mundos donde te están creando y donde están determinando lo que dices y haces; también te están esclavizando. ¿Pero qué importa que seres de un mundo que ni conocemos nos estén centralizando en sus ficciones? ¿Nos afecta en algo?

Al menos a ninguno de los presentes le importó. Tras acabar esas palabras, Yelái y Áigen sintieron una repentina tranquilidad: ya no había más que averiguar, por el momento, y nadie habló por un minuto. Pasado ese tiempo, Áigen volvió a mirar a Yáke a los ojos:

—Todo esto que hemos hecho está siendo inevitablemente reportado en

otros mundos en la forma de ficciones. ¿Cómo nos estarán centralizando? Si lo miro de manera objetiva, esta vivencia no fue muy redonda: prácticamente estamos casi igual a cómo empezamos; pudo haber mayor profundidad en todo, sobre todo en la variedad de las opiniones de tus hermanos. Ahora que lo repaso en mi mente, no aprendimos casi nada de nuevo.

Yáke se acomodó en su silla y se sirvió más vino:

—Y dime, ¿eres el mismo ahora que al principio?

Áigen no tardó en dar una respuesta:

—Una cosa cambió: ahora tengo una nueva curiosidad, un nuevo objetivo: quiero viajar a universos donde los seres no hayan descubierto el viaje multiuniversal, y en los cuales se haya creado esta precisa historia en forma de una ficción para ver qué piensan, ver cómo nos centralizan según sus criterios, enfrentarlos a esta verdad que es la infinitud de mundos.

Y luego dijo Yelái:

—Yo quizás he cambiado muy poco por ahora. Pero tus hermanos me han prometido regalarme sus libertades, por lo que me volveré igual que ustedes salvo en voluntad. Por cierto, gran Yáke, ¿es su voluntad darme también la suya?

En ese momento algo desconcertante ocurrió: Yáke sonrió. Definir esa sonrisa detalladamente nos llevaría a emplear una enorme cantidad de contradicciones y términos que, juntos, no tendrán el más mínimo sentido. En resumen, había algo de burla y de piedad, de malicia y de misericordia, una paz interior que contenía a un deseo que luchaba por salir como un animal de una jaula, la sonrisa del que está a punto de revelar un poderoso secreto tras el cual no habría marcha atrás. En ese rostro sonriente se vio la imagen de todos sus hermanos al mismo tiempo, juntos en un mismo cuerpo. Los viajeros se quedaron sin aliento ante esa metamorfosis. Entonces Yáke dijo, con una voz igual de contradictoria y variada que su ya descrito rostro:

—Ya todos te la hemos dado desde el primer momento en que te vimos. De hecho, a ti también, Áigen. Los dos poseen ahora la totalidad de lo que somos.

Temblando, los viajeros escucharon que la voz de Yáke sonaba con los timbres, modulaciones y alturas de todos los ocho hermanos al unísono. Yáke continuó:

—Nosotros, cada vez que nos encontramos, actualizamos nuestros seres según las nuevas experiencias que hayamos vivido y los seres nuevos que hayamos adquirido. Y ahora, mientras leía las láminas, he adquirido vuestros seres, que a su vez ya contenían los seres de mis hermanos. Somos todos, en el fondo, un único ente, y lo único que nos hace diferentes son las características que nuestras voluntades eligen tener.

Tras reponerse de la sorpresa, Yelái dijo:

—Pero... si es verdad que nos dieron sus seres, ¿por qué no nos sentimos diferentes?

—Es un hecho que ahora tienen nuestros seres —Yáke esta vez dejó escapar una risa en la que se oyó la de todos los hermanos—, pero eso no

quiere decir que estén activos. Verán, nos gusta andar regalando nuestras naturalezas; lo hacemos casi con cualquier ser que se nos cruce, casi siempre sin que lo sepan, pues es nuestra voluntad permanecer dormidos en todos ustedes hasta que averigüen la manera de hacernos despertar; queremos surgir de ustedes poco a poco, conforme vivan circunstancias y tengan experiencias que nos hagan salir, y entonces existiremos más en ustedes según elijan hacer uso de nosotros. Inevitablemente decidirán vivir usando completamente nuestros seres, y entonces nos volveremos alter egos, uno solo, uno que vive en las experiencias de todos, pues el camino ineludible de todos los entes es volverse uno, y luego cero, lugar al que nuestro padre ya ha llegado.

Ahora entra Yúska por la puerta principal. Está agotada; se ve en su caminar débil, pero también se le ve una sonrisa de satisfacción, la sonrisa de los que han logrado hazañas que ponen a descansar al espíritu y al corazón. Trae consigo un trofeo, evidencia de su triunfo en un maratón que tuvo lugar toda la mañana.

—Ah, ¡Hola! —exclama al ver a los viajeros— Buenas tardes.

La metamorfosis de Yáke ha pasado; vuelve a su voluntad de rostro inexpresivo, pero se levanta y sonrío a Yúska, la pequeña curva de su boca revela un apego moderado y una minúscula emoción.

—Yúska, ellos son unos amigos de otro universo. Áigen y Yelái, ella es mi esposa Yúska.

—¡Oh, así que vienen de otro universo! —Yúska se adelanta, coloca su trofeo en la mesa y les da un saludo de cabeza— Pues bienvenidos a esta realidad, ojalá les guste.

—Gracias —dicen los viajeros sin recuperarse aún de su sorpresa.

Yúska se resiente su cansancio, hace a un lado la cabeza, se cubre la boca con una mano y deja escapar un bostezo.

—Bueno, hoy me esforcé mucho —dice apenada—. Así que, con su permiso, quisiera dormir algunas horitas.

—Descanse, señora esposa del gran Yáke, el serio —dicen los dos a la vez, con cierto aire de estúpidos.

Yúska se acerca a Yáke y le da un beso, juega con el largo cabello que le cae frente a sus inexpresivos ojos anaranjados, luego se despide y se dirige a su dormitorio. Cuando escuchan el sonido de la puerta cerrarse, los viajeros caminan hacia la salida, y dice Yelái:

—Gracias por todo, gran Yáke.

—Intentaremos sacar de nosotros los entes que nos han regalado —dice Áigen con resolución.

Yáke les indica que esperen con un gesto de la mano, va hacia una mesita y de un cajón saca dos libros, regresa al umbral de la puerta y se los da:

—Estos libros los escribí hace ya un tiempo; éste está inspirado en algunas vivencias de mi padre en su vida temprana, y éste narra el camino que recorrió hasta volverse el ser que es ahora.

Los viajeros los toman. Vaya ironía la de haber empezado todo eso para interpretar tres cuentos, y terminar recibiendo enormes libros como enciclopedias, ventanas hacia eventos que sucedieron, suceden y

sucedarán, que habrá que centralizar o no, cuyos personajes son tanto libres como esclavos.

—Hasta otro universo paralelo —se despiden los viajeros Áigen y Yelái.

Capítulo 10

Entes (10)

Ese tipo de despedidas ya es bastante usada en todos estos universos. Hmm, revisaré todo de nuevo algún día, quizás sirva para estos otros universos; sí, ahí les gusta de todo. ¿Por ahora qué te parece? No está perfecto, pero va tomando forma. El nombre de Áigen no me convence; debería cambiarlo. Uso demasiado los términos "realidad", "universo", etcétera. Siento que hay capítulos muy cortos, ¿o será que el de Odelá y el de Yáke están muy largos? Da lo mismo; cada quien decidió cómo usar su momento. Sí, dales libertad; condénalos a la libertad, ¿no es así como están todos de por sí? Mientras más existo más me da trabajo escribir; tendré que esperar o provocar la realidad en la que sea lo contrario, pero no, mi voluntad todavía no se interesa mucho por eso. ¿Qué hago ahora mientras me inspiro? ¿Y si voy a visitar a mis hijos?, ¿y si les pido su opinión sobre este relato?, el colmo de la ironía. También debería pedirle su opinión a mi amigo Abraxas; a ése hace ya tiempo que no lo veo...

Fin

.....

Gracias por haberme acompañado hasta el final. Nos veremos en otro universo paralelo.